

ABRIL-MAYO 2018, NRO. 15
AÑO IV



RELATOS INCREÍBLES

Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror

ESPINOSA * JUÁREZ * CEVASCO * GAONA * CHAMORRO
MORALES * ZÚÑIGA * SOLANO * MAGNAN



**Juegas a las escondidas
y otros relatos**

Adrián Rivera





Créditos



© 2018 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)

© 2018 Agustín Espinosa, Edher Juárez, José Gaona, Julio Cevalasco, Miguel Ángel Zúñiga, Julissa Chamorro, Lenin Solano, y Jaime Magnan

Director: **Héctor Huerto Vizcarra**

Subdirector: **Hans Rothgiesser**

Comité Editorial: **Daniel Salvo, Sergio Mars, Víctor Conde, Otilia Navarrete, Christian Campos Alvarado, Miguel Huertas, Tanya Tynjälä, Paola Arana y Daniel Arteaga**

Jefe de Ilustraciones: **Gerardo Espinoza**

Diseño de portada: **Adrián Rivera**

Diagramación: **Héctor Huerto Vizcarra**

Corrección de estilo: **Antonio Castro**

Revista Hispanoamericana: **Relatos Increíbles**

Nº 15: **Abril-Mayo del 2018**

ISSN: **2413-9017**

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

www.acuedi.org

www.relatosincreibles.com

Email: **relatos@acuedi.org**

facebook.com/relatosincreibles

Twitter: **[@RelatosInc](https://twitter.com/RelatosInc)**

Autores



Agustín Espinosa

(Coyuca de Benítez, 1992). Psicólogo egresado de la UNAM, escritor y profesor. Ha participado en las revistas mexicanas «Letramía» y «Nixografía23». También tiene poemas y cuentos publicados en diversas antologías españolas y latinoamericanas.



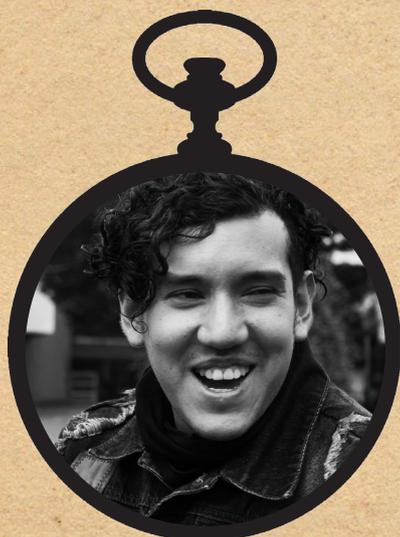
Edher Juárez

(CDMX, 1989). Ingeniero Mecánico egresado de ESI-ME. Entusiasta de la ciencia ficción desde su infancia, al punto que en 2015 publicó su primer relato en «Cosmocapsula».



José Gaona

(CDMX 1987) Lector impetuoso y escritor novel del género fantástico. Sus cuentos han aparecido en varias revistas: «Fantastiqué», «El Narratorio», «Penumbria» y el semanario digital de horror, ciencia ficción y fantasía «El Ojo de Uk».



Julio Cevasco

(Lima, 1985). Traductor e intérprete colegiado con conocimientos de alemán, español e inglés. Actualmente estudia Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Münster, Alemania.



Miguel Ángel Zúñiga

(CDMX, 1978) Escritor y periodista independiente. Ha publicado la novela de ciencia ficción «Retorno» (Ediciones SM) y colaborado en la edición de varios libros digitales. Actualmente administra su blog personal: «Middle Age Freak».



Julissa Chamorro

(Huánuco, 1996) Estudiante de ciencias sociales. Redacta artículos en la revista de cultura andina «Wayraviento».

Autores



Lenin Solano

(Lima, 1983). Estudió Literatura en la UNMSM. Magíster en Literatura Francesa por la Universidad La Sorbona. Ha publicado: «Carta a una mujer ausente», «No les reces a los muertos», «Cada hombre tiene un sueño», «Cementerio Père Lachaise» y «Lágrimas de niños».



Jaime Magnan

(Santiago de Chile, 1967). Geógrafo. Finalista VII Premio Andrómeda de Ficción Especulativa Mataró (2011) y en el III Premio TerBi, Asociación Vasca de CF, Fantasía y Terror, Bilbao. Publicaciones en Revista Digital Miniatura, Revista Ominous Tales y Revista Fantastique.



Pedro Castro

(Lima, 1991). Actual estudiante de ingeniería mecánica de la PUCP. Escritor e historietista amateur. En 2015 participó y obtuvo el segundo puesto en el concurso de historietas «Comics For The Classroom».



Adrián Rivera

(México, D.F., 1983). Maestro en Ciencias y Artes para el Diseño. Se desempeña como comunicólogo en un instituto de investigación. Escritor e ilustrador en la revista de ciencia ficción, terror y fantasía «Relatos Increíbles». Ver



Gerardo Espinoza

(Lima, 1987). Artista gráfico, titulado en diseño gráfico publicitario. Se dedica actualmente a la ilustración. Es retratista, pintor de animales y escenarios. Está escribiendo actualmente su primera novela corta y pronto lanzará una historieta con el grupo «Ferro Producciones».



Jimena Aparicio

(México, 1993). Diseñadora e Ilustradora egresada de la UNAM, actualmente labora en una agencia de social media cuidando los detalles de diseño y publicaciones. Además de llevar branding e ilustración de forma freelance.

Editorial



Ha pasado bastante tiempo desde la publicación de nuestro último número y henos aquí, de nuevo, cual ave fénix sobre nuestras cenizas. La desaparición se debe al enorme esfuerzo que implica sacar la revista adelante y a los nuevos proyectos editoriales que emprendimos en todo este tiempo. Como algunos deben saber, estamos sacando adelante la Nueva Colección Documental de la Independencia del Perú, que ya lleva hasta la fecha doce libros voluminosos publicados en formato digital. Además, hemos publicado impresos tres libros adicionales de poesía y ciencias sociales. Es decir, no nos hemos quedado quietos todo este tiempo. Al contrario, hemos estado haciendo todo lo necesario para recabar los recursos suficientes para sostener esta revista.

A partir de este número vamos a implementar algunos cambios. El primero de ellos tiene relación con su periodicidad, que será bimensual de ahora en adelante. Para los números que vienen tomaremos en cuenta los cuentos seleccionados en nuestra tercera convocatoria, cuyos resultados tampoco se han dado a conocer hasta el momento. Por eso, les pido las disculpas del caso a los distintos autores que nos enviaron sus cuentos. Pronto nos estaremos comunicando con ellos. Otro cambio importante tiene que ver en torno a la gratuidad. Vamos a mantener la gratuidad de la revista desde el momento en que la publicamos. Es decir, al momento de publicar cada número la revista será colocada en tres portales: ACUEDI (PDF gratuito), LEKTU (PDF de pago) y AMAZON (EPUB de pago). De esta manera, nuestros lectores podrán leer la revista desde el formato que más prefieran y con la modalidad que les acomode mejor. Desde ya agradecemos a todos los que se animen a comprar la revista, ya que esa posibilidad que podamos llegar a nuestro objetivo de autosostenibilidad.

Asimismo, como deben saber también, la revista es parte del proyecto editorial de la Asociación por la Cultura y la Educación Digital (ACUEDI) para fomentar la lectura. En ese sentido, me complace anunciarles la publicación en formatos impresos y digitales de dos nuevos títulos directamente vinculados con esta revista: «Los perros suicidas de Lima y otros relatos increíbles», antología que reúne a los mejores cuentos de los primeros ocho números de esta revista; y «El peso del acero» de Miguel Huertas, novela que nació como un cuento en nuestro ya legendario primer número. Estén atentos que pronto anunciaremos la venta de ambos libros. Por último, estamos preparando la traducción al inglés del primer número de la revista para abordar así el mercado editorial más grande del mundo.



Editorial



No quiero dilatar mucho más esta editorial de retorno. En este número tenemos un cuento de terror fabuloso a cargo de **Lenin Solano**, quien ya nos tiene acostumbrados a finales con giros inesperados, en esta ocasión dos niños verán muy de cerca la sombra de la muerte. Luego le sigue un cuento de ciencia ficción de **Miguel Ángel Zúñiga** sobre una estación espacial que se encuentra en una grave situación de riesgo, donde todo puede suceder. **Julissa Chamorro**, en cambio, nos presenta un cuento fantástico sobre una misteriosa ave. A su vez, **Jaime Magnan** le da un vuelco a la historia tradicional de la caperucita, donde los personajes no son lo que parecen, a pesar que el lobo se vuelve a comer a la abuelita. **Julio Cevalco** nos entrega una vez más la continuación de su saga sobre Oscuro, aunque en esta ocasión la historia se centra en el Lord Carnero. Mientras que **Edher Juárez** nos narra una historia ambientada en el espacio, donde unos cazadores furtivos terminan siendo las presas de algo que los persigue. Asimismo, **José Gaona** describe un extraño sueño y una terrible aparición en uno de los glaciares del Perú. Finalmente, **Agustín Espinosa** cuenta un mito que puede volverse realidad, cuando un par de niños deciden poner a la práctica un ritual para jugar a las escondidas con los muertos. Imperdible.

Carpe diem.

Héctor Huerto Vizcarra
Director



Índice



Editorial.....	05
No quiero morir en Puno.....	08
Cincuenta y dos ciclos.....	12
El canto del ave Tucu.....	20
Caperucita ya no viene a visitarme.....	23
El hombre detrás de la lana.....	28
En lo profundo del bosque.....	33
Un sueño.....	43
Juegas a las escondidas.....	48



No quiero morir en Puno

Por: Lenin Solano





—Tengo mucho frío.

—Deja de pensar en eso y verás cómo se te pasa.

—Pero mira mis pies, están morados y casi no los siento.

—¿Y por qué no te has puesto medias ni zapatos?

—Mamá solo me compró estas ojotas. No tengo otra cosa que ponerme.

—¿Tampoco una chompa más gruesa?

—Tampoco. Siento que me congelo. ¿Por qué hace tanto frío aquí?

—No lo sé. Mi tío me contó que esta es una de las regiones más frías del país.

—¿Y tú por qué no tiembles ni tiritas? ¿Cómo puedes soportar el frío si vas tan mal abrigado como yo y llevas las mismas ojotas?

—No lo sé. Un día dejé de pensar en el frío y no volví a sentirlo más.

—Sin embargo, estás tan helado como yo —dijo, tocándole el rostro cuarteado.

—¿Qué te parece si nos olvidamos de eso y jugamos al fútbol?

—Mi pelota está desinflada.

—¡Qué importa! Igual se puede patear. De paso nos calentamos.

—Está bien. Yo seré el club Alfonso Ugarte.

—No, claro que no; yo seré el Alfonso Ugarte.

—Pero si yo lo dije primero.

—Mejor lo dejamos a la suerte. Un penal cada uno. El que mete gol elige el equipo. Media hora después, estaba agitado y con el cuerpo caliente.

—¿Qué pasa? ¿Te sientes bien?

—No, últimamente esta tos no me deja tranquilo.

—¿Se lo has contado a tu mamá?

—Muchas veces, pero dice que ya va a pasar.

—¡José! ¿Te sientes bien?

Su mamá se aproximó junto a una vecina. Le preocupó ver a su hijo toser sin parar y escupiendo abundante flema.

—Sí, mamá, ya está pasando.

—Pero ¿qué has hecho para ponerte así?

—Me puse a jugar al fútbol con Tito. No pensé que me haría mal.

La madre intercambió una mirada cómplice con su vecina.

—¿Con quién dijiste? —preguntó, arrugando la frente con seriedad.

—Con Tito, mamá. Yo le dije que la pelota estaba desinflada, pero él insistió.

—¡Pero de qué Tito estás hablando!

—Pues el único Tito que conozco, mamá. El hijo de la vecina —dijo, señalándola.

La mujer mostró un rostro alarmado, luego rompió en llanto y corrió hasta su casa.

—¡Jijuna, gran puta! —Su madre le cruzó la cara de una bofetada—. ¡Cómo se te ocurre jugar con eso!

—¿Por qué me pegas? —preguntó, rompiendo en llanto.

—¡Y todavía lo preguntas! No quiero que vuelvas a burlarte de aquella pobre mujer. Aún no se repone de la muerte de su hijo.

—¿Muerte? —dijo, mirando a su amigo, que se había quedado cabizbajo a unos veinte metros.

—Eso no se hace, José. ¡No se hace!

—Mamá, ¿no puedes ver a Tito?

—So mierda, ¿vas a empezar?

—Mamá, voltea, por favor.

Cierto temor se dibujó en el rostro de la madre al notar la insistencia de su hijo. Volteó lentamente, pero no encontró nada.

—Vuélveme a jugar una broma como esa y te zurro a palos. ¡Estúpido, *supaytawawa!*
— gritó su madre.

Mucho tiempo pasó antes de que José pudiera acercarse a la imagen petrificada que proseguía cabizbaja. Después de tomar valor y mientras tosía a toser, se acercó sintiendo que la piel se le erizaba.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Qué?

—¡Cómo que qué! Pues que te habías muerto.

—Ah, eso.

—Cómo que ah, eso.

—Es que a veces se me olvida.

—¿Se te olvida? ¡A nadie se le puede olvidar que se ha muerto!

—¡Pues tendrías que estarlo para que lo entiendas!

—¿Cuándo te moriste?

—No estoy seguro. Creo que fue hace poco, por eso mi madre aún continúa llorando.

—¿Y por qué no me enteré?

—Te fuiste con tu papá a la chacra y no volviste en un par de semanas.

—¿Fue en ese tiempo?

—No lo sé, imagino que sí. Cuando uno está muerto, el tiempo pasa de manera diferente.

—¿Por qué nadie me lo dijo?

—A lo mejor te lo dijeron y lo olvidaste. O tal vez se les olvidó a ellos decírtelo.

—¿Y por qué soy el único que puede verte? ¿Me vas a llevar contigo? —preguntó, temeroso.

—No seas tonto. ¿A dónde te voy a llevar si ni yo mismo sé dónde estoy?

—¿Entonces? ¿Por qué solo yo puedo verte? Ni siquiera tu madre sintió tu presencia.

—Siempre fuimos grandes amigos. A lo mejor estamos conectados, a pesar de que uno esté vivo y el otro muerto.

—Debería tenerte miedo. No entiendo por qué no salgo huyendo de aquí. O a lo mejor me he vuelto loco.

—No me gustaría eso.

—¿Qué cosa? ¿Que huya?

—No, que estés loco.

—¿Por qué?

—Porque eso querría decir que solo existo en tu cabeza y no en la realidad. José, ¿te sientes bien?

—Esta tos no me deja tranquilo.

Volvió a toser y volvió a expulsar un líquido verdoso que le avinagraba la boca.

—¿Sabes que a mí me pasó lo mismo?

—¿También tuviste tos?

—Sí. Me asfixiaba y la tos empeoró hasta el día que... José, ¿qué te pasa?

José tenía los ojos muy abiertos. Una expresión de terror se dibujó en su rostro.

—Creo que tosí muy fuerte —dijo, mirando con temor la mancha rojiza que estaba en la tierra, combinada con su flema.

—Sangre.

—Trataré de no volver a toser —dijo, sintiendo que el pecho le silbaba con fuerza.

—Vamos para que descanses. Es mejor que te recuestes. Necesitas mantenerte caliente.

—Pero me ibas a contar cómo empeoraste.

—Ya habrá tiempo. Vamos a tu casa, te estaré cuidando todo el tiempo. Y como nadie me ve, no habrá ningún problema.

La noche fue terrible. José se fue ahogando en su flema, la respiración se le cortó lentamente y aquel silbido incómodo se fue agudizando. Los escupitajos sanguinolentos se hicieron más frecuentes y el frío se volvió insoportable.

- ¿Sabes, Tito? —dijo, temblando.
—No hables y descansa.
—No hubiera querido morir en Puno.
—¿Dónde si no?
—En la playa.
—¿En la playa? ¿Por qué?
—Hubiera sido más fácil jugar a la pelota.
—No te preocupes, dentro de poco jugaremos mucho.
Nuevamente volvió el ataque de tos.
—Dentro de poco.



¡15 años de experiencia trabajando para las mejores empresas y organizaciones del Perú y el mundo nos respaldan!



- *Diseño Gráfico, diseño de logotipos, isotipos, isologos.*
- *Diseño de páginas web adaptativas, HTML5, CSS3, Javascript, PHP, Flash, MySQL.*
- *CD multimedia para presentación de empresa, productos, catalogos, books digitales, curriculum, proyectos, demos de software, etc.*
- *Alta y posicionamiento en GOOGLE, SEO-SEF.*
- *Creación de portales, E-Commerce, galerías de imágenes, foros, servicios de noticias, blogs, CMS, guestbooks (libro de visitas), listas de correo, entornos de servicio de atención al cliente, etc.*
- *Asesoría en redes sociales.*
- *Presentación de su web en idioma inglés, español, chino, alemán, etc.*
- *Gestión de dominios de primer nivel .COM, .NET, .ORG, etc. Recuperación y transferencias.*
- *Alquiler de Hosting Linux para Microempresas, Pymes, Medianos y grandes negocios.*
- *Mantenimiento de computadoras y redes.
Recuperación y respaldo de datos.*

w: <http://iotopia.net>

@: estudio@iotopia.net

Skype: [estudio.iotopia](https://www.skype.com/en/contacts/estudio.iotopia)

t: (+51-1) 6559026 (CLARO)

m: (+51-1) 993400806 (CLARO)

Cincuenta y dos ciclos

Por: Miguel Ángel Zúñiga





—No recibo ninguna respuesta de la estación, Pharon —dijo Macy, mientras confirmaba los datos a través de la consola de comunicaciones de la nave.

—Entonces aproxímate y ve si puedes ingresar a su hangar —ordenó el líder del Gremio de Comerciantes, sin dejar de recorrer la cabina de mando a grandes zancadas—. O averigua si Kord está dentro de rango, para comunicarte con él de alguna manera.

—No puedo hacer ninguna de las dos.

—¿A qué te refieres, Macy?! ¡Kord está dentro de esa estación! —Pharon se detuvo para señalar con un gesto un punto más allá de los ventanales de la cabina. Justo a la mitad del espacio entre el cuarto planeta del sistema Polder y su correspondiente luna, se distinguía la forma de la estación espacial Cacimir. En ese momento, a su alrededor giraban con rapidez decenas de paneles energizados.

—Escucha, Pharon —comenzó Macy, moviendo hábilmente sus azuladas manos sobre el tablero de control para monitorear todo sistema de comunicación o detección que estuviera a su alcance—. Hay una fuerte interferencia de energía, proveniente de la estación. Está bloqueando todas las comunicaciones y provoca que esos paneles estén girando tan rápidamente. Si nos acercamos es muy probable que alguno nos pegue o choquemos con él directamente.

—¿Quieres abandonarlo entonces?!

—¡Por supuesto que no! —respondió Macy, alzando la voz lo suficiente para lograr que su jefe, su mejor amigo, calmara sus ánimos y escuchara sus razones—. Pero tampoco lo ayudaremos arriesgándonos innecesariamente.

Pharon controló su respiración y mandó a sus puños cerrados toda la frustración que sentía.

—No voy a abandonarlo, Macy —fue lo único que dijo, con una actitud más relajada.

—Yo tampoco, Pharon... Tal vez sí podamos acercarnos. Los paneles se mueven cada vez más rápido, pero siguen trayectorias. Quizá pueda vislumbrar una abertura y... ¡Por la Santa Madre!

Ambos guardaron silencio y contuvieron la respiración cuando, a través del ventanal, presenciaron cómo dos paneles de la estación Cacimir chocaban entre sí, destrozándose y arrojando fragmentos que impactaban en otros paneles o contra las estructuras de la misma estación. En menos de dos minutos, los paneles que no habían sufrido daños empezaron a reducir su velocidad y, al final, los únicos objetos que se movían alrededor de la estación eran despojos que giraban sobre sí mismos. Los más alejados empezaron a desplazarse hacia el planeta o hacia su luna, cualquiera que los capturara primero en su fuerza de gravedad.

—Macy —susurró Pharon, sujetándose al respaldo de un asiento. Macy, sin decir nada, comenzó a acercar la nave hacia la estación.

Les tomó casi una hora encontrar una ruta libre de escombros hasta el hangar principal de la estación. Incluso una vez dentro tuvieron problemas para localizar un espacio donde descender. Había contenedores dispersos por casi todo el piso del hangar. Algunos transbordadores y otros vehículos estaban volcados, y muchas personas y androides de servicio se movían desorganizadamente por todo el lugar.

—¡Allá! —dijo de repente Pharon, señalando un rincón del hangar donde, en un espacio asignado para descarga, estaba la vieja nave de Kord, la *Trotamundos*, aún asentada firmemente sobre su tren de aterrizaje.

Macy logró descender en un punto cercano a la nave y Pharon se precipitó hacia la rampa de acceso, que bajó a grandes pasos ignorando las voces y gritos que se dirigían a él. Entonces recibió en el pecho el impacto de un disparo energizado, que le hizo trastabillar unos pasos hasta que sus piernas fallaron, haciéndole caer con pesadez sobre el piso.

Lo primero que escuchó al recobrar lentamente el sentido fue la voz de Macy, sentado a su lado, junto al camastro de una sala de servicios médicos:

—¿No te he dicho hasta el cansancio que esa vieja nave que usas parece de piratas?

—Era una nave de piratas —susurró Pharon mientras se incorporaba despacio, frotándose el pecho y la cabeza, todavía doloridos—. ¿No recuerdas? Se la quitamos a un grephereano cuando...

—No importa. Entre todo el caos, los oficiales de seguridad del hangar pensaron que veníamos a saquear el lugar. Y luego tú bajaste tan rápido, sin escucharlos cuando te ordenaron detenerte. Por eso te dispararon. Agradece que no empleen energía letal aquí.

—¿Y tú qué hiciste?

—Estuviste inconsciente un par de horas. Yo hablé con ellos mientras tanto. Al parecer hubo un problema con algunos sistemas de energía de la estación. Hubo sacudidas y percances, pero todo parece estar bien ahora.

—¿Averiguaste dónde está Kord?

—Está en otra sala. En cuidado intensivo. No te alborotes de nuevo, Pharon, ya lo vi. Está bien. Les di algunas indicaciones a los androides acerca de su historial médico y su recuperación va muy bien. Muy, muy bien, tú sabes...

—Hay que sacarlo antes de que llame la atención... Pero ¿qué diablos hacía aquí, en primer lugar? ¿Por qué perdimos contacto con él?

—Revisé la bitácora del *Trotamundos*. Estaba entregando suministros, instrumental técnico, refacciones, nada fuera de lo común. Solo tuvo mala suerte. Cuando terminó con la entrega y recibió el pago, la estación entró en un periodo de captura de fuerzas G.

—¿Un qué? —preguntó Pharon sin dejar de frotarse la cabeza, imaginando que el dolor le había hecho incapaz de entender las palabras de Macy, quien ahora empezaba a hablar con la inevitable emoción que sentía al describir alguna maravilla tecnológica o circunstancia científica.

—Un periodo de captura de fuerzas de gravedad. La estación los tiene con frecuencia y duran cincuenta y dos ciclos estándar. Durante ese tiempo los paneles asimilan las fuerzas de gravedad existentes entre el planeta y su luna, por lo que a ninguna nave se le permite entrar o salir; sus sistemas de navegación pueden verse afectados, o podrían ser atraídas por los paneles energizados y estrellarse contra ellos.

»Este lugar es fascinante, Pharon. Leí al respecto hace tiempo, pero nunca pensé que podría llegar a estar aquí. La Cacimir es una estación espacial experimental, que busca el desarrollo de una fuente de energía infinita mediante la transformación de las fuerzas de gravedad constantes entre dos cuerpos estelares. La energía gravitatoria que capturan los paneles se procesa en la estación, generando más energía para su propio consumo o para comercializarla en los sistemas vecinos. Este procedimiento podría reducir la necesidad que tienen los sistemas y mundos civilizados de consumir sus propios recursos, o sustituir el uso de energía estelar conforme las estrellas se vayan consumiendo.

—¿Estás hablando de energía perpetua?

—Claro que no. La idea de una fuente de energía perpetua es absurda, cuestión de entropía. Pero esta podría ser una buena opción para desarrollarla masivamente durante los próximos siglos. ¡Esto es increíble! ¡Realmente me gustaría ver su módulo procesador de energía!

—Temo que nadie lo verá en mucho tiempo —dijo una voz cerca de ellos.

Una mujer ataviada de uniforme oficial entró en la sala con paso marcial y firme. Al pararse junto a ellos, les fue evidente que el uniforme de la mujer estaba bastante maltratado, rasgado a la altura de los hombros y las piernas. La piel que la tela dejaba ver en los antebrazos y la base del cuello presentaba oscuros cardenales. Había limpiado su rostro lo mejor posible, pero en él aún había rincones ennegrecidos por grasa y suciedad. Su cabello rubio lucía maltratado y revuelto, a pesar de llevarlo sujeto en una coleta.

—Soy la oficial Biehn —dijo, al tiempo que estrechaba primero la mano de Macy—, coordinadora general de la estación Cacimir. Es un placer.

—Un gusto, oficial. —Pharon se puso de pie y estrechó la mano que la mujer le extendía, mientras con la otra continuaba frotándose el pecho—. Veo que saben mantener el orden aquí. No quiero quitarle mucho tiempo, pero ¿puedo preguntar qué hizo mi muchacho para terminar en cuidados intensivos?

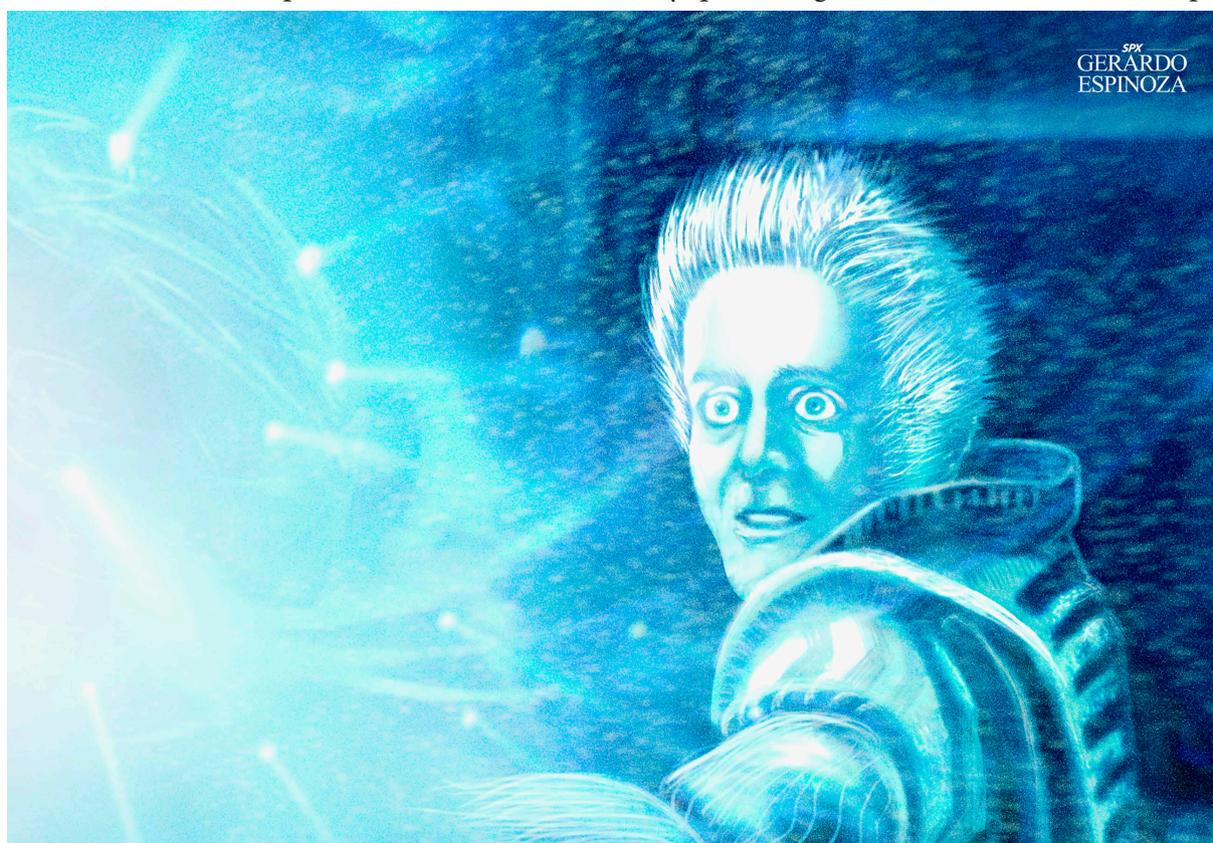
—Salvar la vida de todos los habitantes de la estación, eso fue lo que hizo —respondió la oficial Biehn. En provecho del desconcierto en los rostros de ambos hombres, añadió—: Y no se preocupe por mi tiempo. Tengo suficiente.

Minutos después, los tres observaban a través del ventanal de la sala de cuidados intensivos cómo los androides de asistencia médica desconectaban y retiraban sistemas de soporte de vida, que previamente estaban montados alrededor de la cama sobre la cual Kord seguía acostado. Los androides dejaron la mayoría de las vendas que le cubrían brazos y torso, pero sí quitaron las de su cabeza, donde, a excepción de quemaduras en las mejillas y en la base del cuello, no parecía haber mayores daños.

—Yo estaba en los hangares cuando empezó el periodo de captura de fuerzas G y su amigo, Kord, se acercó para preguntarme por qué no se le permitía abandonar la estación. Le expliqué los motivos, le dije que no es la primera vez que ocurre algo parecido aquí. Hemos tenido comerciantes, doctores, científicos e incluso practicantes universitarios que han quedado retenidos aquí por el mismo motivo, así que aplicamos protocolos al respecto. Invité a Kord a usar las zonas de descanso de la estación y a servirse de una de las habitaciones que tenemos reservadas para casos así. Y fuera de su frustración inicial, aceptó la situación de buena manera.

»La estación Cacimir es una de las más grandes construidas en la Galaxia Unificada, con el auspicio de varias comunidades científicas y de inversión particular. La tripulación que vive y labora actualmente en la estación consta de decenas de personas para todos los departamentos: técnico, mantenimiento, científico, médico y seguridad. Y todos responden ante mí, por lo que podrán imaginar que estoy sumamente ocupada casi todo el tiempo. Por eso mismo no volví a saber de su compañero hasta que empezó nuestra situación de emergencia, hace algunas horas.

—Kord se puso en contacto con nosotros mucho antes —interrumpió Macy—. Hace unas cuarenta horas, para notificarnos la situación y que no regresaría al Gremio en el tiempo



que había previsto, pero que todo estaba bien. Sin embargo me inquietó un poco lo deficiente de su transmisión.

—Cuando Macy me notificó eso, yo quise comunicarme con él directamente mediante la consola de su nave —añadió Pharon—. Nos fue imposible.

—Cuando da comienzo el periodo de captura, las comunicaciones se ven afectadas pero no se interrumpen. Esa fue nuestra primera señal de alarma, pero originalmente la desestimamos.

—Aún no nos dice qué fue lo que pasó —dijo Pharon, encarando a la oficial Biehn, quien, en comparación con el fornido comerciante, compensaba su falta de altura con la fuerza de carácter que le permitía sostener la mirada de Pharon mientras hablaba—. Y supongo que no tiene obligación de hacerlo, pero si aquí ocurrió algo que casi mata a alguien de mi gente, realmente me gustaría saber qué fue.

—Por eso estoy hablando con ustedes, cuando el procedimiento dicta que les ofrezca una historia prefabricada, una compensación por las molestias y me retire sin decir nada más. Y también porque esta situación se alejó de todo procedimiento imaginado por las tres generaciones de oficiales y científicos que han coordinado la estación. En realidad este incidente hubiera resultado catastrófico si su amigo no hubiera intervenido.

—¿Usted se lo pidió? —preguntó Pharon, reprimiendo su coraje—. ¿Lo obligó a arriesgarse por su estación?

—Nunca. Cuando se me notificó la situación, me encontraba en una de las zonas de descanso, cerca del hangar. El proceso estándar para cualquier clase de emergencia que involucre a los paneles empieza con la inhabilitación remota de los sistemas de despeje de todas las naves, para evitar una evacuación caótica donde todos terminarían chocando contra los paneles o entre sí. Me dirigía al hangar para supervisar que dicho protocolo fuera implementado cuando toda la estación se cimbró, en un movimiento equivalente a un temblor de ocho niveles. Perdí el suelo un momento antes de impactarme contra una pared.

»Cuando me recuperé casi habían pasado veinte minutos. Seguí mi camino al hangar donde, en efecto, ninguna nave podía despegar, pero el movimiento había derribado casi todo lo que no estuviera fijado a las paredes. Escuché gritos de personas atrapadas bajo unos contenedores y me apresuré a socorrerles. Cuando me di cuenta, su compañero, Kord, ya estaba junto a mí, ayudándome a sacar a los heridos. Me preguntó que qué estaba pasando y si podía ayudar de alguna forma. Ni siquiera volteé a mirarlo, solo le pedí que regresara a su nave y se mantuviera a salvo. Luego de asegurarme de que ninguna nave pudiera despegar, me dirigí al centro de mando de la estación.

»En una situación de desastre como esta, las cosas ocurren muy rápida y caóticamente. A la gente de seguridad que se hallaba en el camino la mandaba a cuidar otras secciones de la estación o a que atendiera a los heridos que encontraran. Realmente no necesitaba que ninguno me escoltara hasta el centro de mando, y estaba tan apurada en llegar allí que no prestaba mucha atención a lo que ocurría. Pero al escuchar que había gente atrapada en uno de los turbo-ascensores me detuve para intentar abrir la puerta, que estaba trabada. Entonces llegó Kord, quien me seguía desde el hangar, y la abrió sin mucho esfuerzo, ayudándome luego a sacar a la gente. Le pedí de nuevo que se alejara, pero me ignoró y continuó siguiéndome.

»Si encontrábamos caminos bloqueados por los escombros, entre ambos y en poco tiempo nos abríamos paso. Si había gente encerrada tras puertas automáticas obstruidas, él las abría usando solamente sus manos. A quienes encontrábamos atrapados bajo maquinaria o muebles pesados, los liberaba con rapidez y casi sin esfuerzo. Para cuando atravesamos la zona de mantenimiento de máquinas, y mientras yo atendía a los técnicos de soportes de vida, me sentí en confianza para ordenarle que asistiera a otras personas, órdenes que acató inmediatamente. Incluso sometió con sus manos a un técnico que se había vuelto histérico y le había arrebatado su arma a un vigilante. ¿Acaso Kord tiene entrenamiento militar de alguna clase?

—¿Qué sucedió luego? —preguntó Pharon, evadiendo la pregunta.

—Llegamos al centro de mando. Nadie le impidió el paso a Kord, pues pensaban que iba conmigo y yo no tenía la cabeza para ordenarle que saliera o pedirle a alguien que lo sacara, ya que de inmediato el oficial científico me informó acerca de lo que estaba pasando. Y Kord lo escuchó todo.

»Lo que estoy a punto de decirles es información estrictamente confidencial. Créanme que ahora ustedes se comprometen más al escucharla que yo al revelarla. Tiene que ver con el auténtico objetivo de esta estación. El utilizar las fuerzas G de los cuerpos planetarios como fuente de energía, aunque es funcional y realmente la empleamos para alimentar sectores de la misma estación, es solamente una fachada. Aunque sí estamos trabajando con una fuente de energía perpetua. ¿Están familiarizados con el concepto de energía del punto cero?

—¿Energía del vacío? —preguntó Macy, prestando más atención a las palabras de la oficial Biehn—. ¿Se refiere a extraer la energía del vacío?

—Precisamente. El vacío entre todos los cuerpos guarda un nivel de energía mínimo. Energía del punto cero, que puede ser extraída y procesada con instrumental adecuado, como el de nuestro módulo procesador de energía.

—Momento, momento... —interrumpió Macy—. Considerando que es posible extraer energía del punto cero, del mismo vacío del universo, esa tampoco es una fuente de energía perpetua. El vacío del universo está condicionado por su propia existencia y esta llegará a su fin inevitablemente. Por el contrario, un procedimiento así podría acelerar el proceso de entropía en el universo.

—No en este universo.

Pharon y Macy guardaron silencio para asimilar la respuesta de la oficial Biehn. Mientras el primero trataba de imaginar el significado de sus palabras, Macy abrió los ojos, dejando de respirar unos segundos antes de hablar nuevamente:

—Multiverso cuántico... Por la Santa Madre, están drenando energía del punto cero directamente del multiverso cuántico. ¿Es eso posible?

—La Cacimir lleva haciéndolo desde hace tres generaciones.

Macy se alejó del ventanal y se recargó en la pared, con sus manos azules apoyadas sobre el rostro y los ojos muy abiertos mientras se deslizaba lentamente hasta sentarse en el suelo.

—¿A alguien le molestaría explicarme? —preguntó Pharon, sintiéndose un poco desplazado.

—Si alguien arroja un dado normal —dijo la oficial—, pueden salir seis resultados. Pero el multiverso indica que realmente el dado ha lanzado los seis resultados a la vez. Al existir nosotros en un universo determinado sólo podemos apreciar un resultado. Los otros cinco existen en universos distintos y la cantidad de los mismos es infinita.

»Las teorías para extraer energía del multiverso existen desde mucho antes que la estación Cacimir, pero la idea de extraer energía del punto cero desde estos universos cuánticos permitió conseguir los recursos para financiarla y ponerla en funcionamiento, mediante su presentación al público como una estación de captura de fuerzas de gravedad.

—¿Por qué mantener eso en secreto? —preguntó Pharon.

—Porque cualquier experimento relacionado con el multiverso... es altamente ilegal —interrumpió Macy, aún sentado en el suelo y sujetándose la cabeza—. Por la naturaleza caótica que representa.

De repente Macy se puso de pie y se acercó a la oficial Biehn.

—Y eso fue lo que pasó, ¿cierto? Algo salió mal, pero no por error de ustedes, sino por parte del mismo multiverso. ¿Qué ocurrió?

—Si bien el multiverso no tiene límites, nuestras máquinas sí. Solo pueden extraer energía del punto cero desde una cantidad específica de universos.

—Cincuenta y dos, ¿verdad? —interrumpió Pharon—. Uno por cada ciclo.

—Sí, antes de que las máquinas se detengan para recalibrarse —comentó la oficial—. Pero el fenómeno ocurrió cinco ciclos antes del final de este periodo de captura. Nunca

sabremos verdaderamente cómo pasó. Nunca sabremos si fue alguna fuerza consciente a nivel cuántico o una reacción natural de la energía del punto cero, pero la mejor interpretación que ofrece nuestro oficial científico es que el multiverso se defendió. Empezó a extraer energía del punto cero directamente de nuestro universo, y no se habría detenido luego de nuestro periodo de cincuenta y dos ciclos. La sobrecarga de nuestro módulo procesador, máquinas y sistemas habría destruido completamente la estación. Y eso sería el menor de los males. Si la destrucción de la Cacimir no cerraba la comunicación entre nosotros y el multiverso...

—El multiverso podría haber drenado toda la energía de vacío del sistema Polder... —interrumpió Macy—. Tal vez la de toda la galaxia en menos de...

—... cincuenta y dos ciclos —puntualizó Pharon.

—Eso, si su amigo no hubiera estado aquí —añadió Biehn.

Los tres centraron su atención en el hombre tendido sobre la cama, cuyo pecho subía y bajaba lentamente a causa de la respiración debilitada.

—Debí parecerle perpleja o desesperada —continuó la doctora—, porque me sujetó del brazo y me preguntó cómo detener el proceso. Le indiqué que los procedimientos de extracción de energía de punto cero y de captura de fuerzas G funcionan al mismo tiempo, conectados al módulo procesador de energía, y que tal vez deteniéndolo se podría cerrar la comunicación entre nosotros y el multiverso. Entonces me pidió que lo llevara al módulo. Honestamente yo no tenía más opciones, ideas o recursos en ese momento, así que fuimos allá.

»El módulo procesador de energía es el corazón de la estación Cacimir, un enorme pilar con varias esferas conectadas a su superficie. Estas controlan la trayectoria de los paneles fuera de la estación mediante fuerzas electromagnéticas. Cuando inician los procesos, las esferas comienzan a girar alrededor del pilar, mientras una fuerte corriente de energía proveniente del multiverso rodea toda la estructura en un movimiento cíclico. Fue entonces...

La oficial Biehn guardó silencio un segundo mientras, cruzada de brazos y con la cabeza en alto, recordaba y narraba a los comerciantes lo que había ocurrido:

—Entonces solo hay que evitar que siga moviéndose, ¿cierto? —le había preguntado Kord. Ella asintió con la cabeza mientras miraba, con visible angustia, las esferas que giraban precipitadamente y las corrientes de energía entrando y saliendo por la parte superior del pilar. La conexión con el multiverso.

Entonces, antes de darse cuenta o de hacer algo para detenerlo, el comerciante se descolgó por el barandal de contención, saltando un par de metros hasta llegar a la base del pilar, y luego esquivó un par de esferas que estuvieron a punto de golpearle en la cabeza y espalda. El flujo de energía que atravesaba su cuerpo comenzó a incendiarle la ropa y a quemarle la piel. Ignorando el dolor, puso atención a la próxima esfera que se aproximaba y la recibió con las manos abiertas y los pies firmemente plantados en el piso. La máquina lo empujó un par de metros, antes de empezar a detenerse por la fuerza que Kord le imprimía a sus brazos.

Entre el estruendo generado por el módulo que operaba contra una fuerza opuesta, el impacto de dos esferas chocando entre sí y el intenso ulular de la energía que giraba cíclicamente a lo largo del pilar, la oficial Biehn pudo distinguir un rugido de furia nacido del esfuerzo de un hombre que detenía, solo con sus manos, una máquina que, impulsada por la fuerza de gravedad entre dos cuerpos estelares y la energía del multiverso, desintegraba toda su ropa lentamente antes de empezar a carbonizar su piel.

Y entonces Kord empezó a dar pasos hacia adelante, empujando la esfera —y en general todo el módulo— en sentido contrario. El estallido de varias secciones del pilar obligó a la oficial Biehn a arrojar al suelo y a cubrirse la cabeza. Cuando levantó la mirada se dio cuenta que las esferas se habían detenido y de que la energía del multiverso se disipaba lentamente. Se puso de pie y, cuando localizó el cuerpo de Kord tendido en el suelo, junto a la esfera que había estado empujando, bajó de un salto a la base del pilar. La ropa del comerciante se había consumido y su piel estaba completamente carbonizada. Al acercarse un poco más, la oficial reconoció el sonido de una débil respiración.

—Cuando lo sacamos, algunas de sus quemaduras ya empezaban a sanar —continuó, dirigiéndose a los comerciantes—. Entonces estaba totalmente irreconocible, pero cuando ustedes llegaron ya había regenerado piel sobre los brazos y el rostro. ¿Se dan cuenta de que ahora su cara ya no tiene las quemaduras que tenía cuando le quitaron las vendas?

Pharon y Macy guardaron silencio y se dirigieron una mirada de complicidad. Biehn continuó:

—Entiendo que Kord no es un ser humano común. Tampoco están obligados a decir nada, solo estoy compartiéndoles lo que ocurrió aquí porque lo más probable es que este proyecto se cancele cuando la información salga a la luz pública, sin importar quién lo divulgue o a quién busquen para cargarle la culpa. No dejo de pensar en la suerte que tuvimos...

—Ingeniería genética —susurró Pharon—. Kord es un proyecto de ingeniería genética desarrollado por las Fuerzas Armadas... Es un híbrido artificial entre ser humano y una especie alienígena extinta... Es mucho más fuerte, rápido y perceptivo que cualquiera.

—Podríamos decir que es un factor caótico artificial —añadió Macy—. Por todo eso tal vez es que sobrevivió tanto tiempo entre el flujo de energía del multiverso.

—También es un desertor... —continuó Pharon—. Y ha salvado mi vida y la de muchos de nosotros en más de una ocasión. Ha hecho mucho por el Gremio y solo quiere...

—Pues ahora debe saber que todos aquí le estamos agradecidos. Y que nadie hablará al respecto. Yo me encargaré de eso.

Cuando la oficial distinguió que Kord empezaba a mover lentamente la cabeza y susurraba entre los labios el nombre «Biehn», dio media vuelta y se alejó.

—Buena tarde, señores. —Fue su única despedida.

Al ver que Kord empezaba a moverse, Pharon y Macy cruzaron la entrada a la sala y se acercaron a la cama.

—Biehn... La estación... Pharon, ¿cómo...? —susurraba Kord mientras abría los ojos lentamente.

—Todos están bien, Kord. Lo lograste, salvaste a todos, muchacho. No podría estar más orgulloso.

—Macy... Hola... Me alegro de verlos...

—Nos diste un susto de muerte, Kord... Pero... ¡Lo siento, tengo que preguntar! —Macy alzó la vista y los brazos mientras hablaba, visiblemente emocionado—: ¡Kord, estuviste en medio de un ciclón de energía cuántica y te paraste en el umbral del multiverso! ¡Nadie nunca ha hecho algo parecido! ¡Tenías el infinito al alcance de tu mano! ¡Debo saber, ¿qué fue lo que sentiste?! ¡¿Qué fue lo que viste...?! ¡Ay, por favor, ¿es en serio?!

Pharon, sonriendo, solo le dirigió a Macy una mirada de simpatía. Kord, con un gesto apacible en el rostro, estaba profundamente dormido.



El canto del ave Tucu

Por: Julissa Chamorro





El momento en el que el ave Tucu atravesó con sus garras el corazón de los eucaliptos devolvió el recuerdo que los pájaros de la luna se habían llevado hace mucho tiempo.

—¡Yana, hija de la luna, prisionera eterna de la noche! ¡Derramad aquel ungüento que resbala de vuestros ojos vencidos a mis raíces moribundas! —clamaban los eucaliptos, en súplica de aquellas lágrimas humanas que restablecían sus formaciones dañadas por la rutina que desarrollaban los pájaros vagabundos al posarse en sus ramas encantadas.

—¡Oh, árboles mezquinos! ¡Os exiliaré de las tierras donde descansan sus raíces para que así no podáis beber el agua que mis dos ojos os dan de beber! —reclamaba al unísono.

Los bosques olvidados se alimentaban de las aflicciones forzadas de aquella mujer decrepita, que a duras penas podía sostenerse sobre los pies adoloridos que la llevaban a todas partes. Tenía el rostro como los melocotones machacados a duras penas, y sus cabellos verdes canosos danzaban desvaídos con el viento, trayendo los mensajes suplicantes de aquellos foráneos que habían perdido la orientación. Sus oídos actuaban como una brújula, y en aquel instante ya habían advertido la cercanía de los pasos humanos del «ya conocido»: Anqa.

—¡*Wañuchimuy!* ¡*Wañuchipuy!*

Eran los cantos de la muerte, eran los cantos del Tucu llamando a la madre de todos los seres proscritos de la nada. Eran los cantos que llamaban a su Luna. Anqa atravesó los ojos del ave, desnudando sus pensamientos y masticándolo para sus adentros.

Ella, después de haber captado los ciento cuarenta atardeceres a través de los relatos de sus eucaliptos, elevó la mirada hacia el ático de los árboles, los cuales se movían a un ritmo connivente y que, al descuido de sus coincidencias, dejaban atravesar los rayos del sol que en un pestañeo se detuvieron en su rostro. La luz intentaba acariciar los ojos de la mujer que nunca había visto los brazos del sol. Al término del espectáculo, el sol la dejó tuerta del ojo izquierdo.

—¡Os amarraré las patas y las enterraré junto a las raíces de los eucaliptos! —maldijo al Tucu enseguida, mientras consolaba la herida de sus ojos escondiéndola con cuidado tras sus manos confusas, que al mismo tiempo maldecían simuladamente en forma de gestos malditos que iban dirigidos hacia el ave de las noches.

—¡*Wañuchimuy!* ¡*Wañuchipuy!* —volvió a trinar el ave, cuyos cantos traían la danza destructiva de la Luna, quien venía acompañada de sus aves, sus esclavas eternas. Y junto a ellas iban los pasos nauseabundos de las luciérnagas, cuyos suspiros dormitaban junto a las narices de las estrellas a las que confesaban sus secretos de vez en tanto...

En un instante una flecha acongojada atravesó el corazón del sol, extinguendo sus brazos que se perdían hacia el horizonte, adonde van de vez en cuando las hojas ahogadas en sus soledades a confesarles sus penas a los cerros colorados, que finalmente terminan suicidándose al pie de sus abismos decrepitos.

Los vientos corrían deprisa junto a las nubes en el cambio del tiempo, y enseguida el cielo se tiñó de oscuridad, presentando a su musa: la Luna de los labios mustios, la cazadora de corazones de los poetas foráneos.

Anqa soltó las manos que consolaban con discreción el ojo dormido de Yana, y detuvo la atención directamente sobre los ojos de su adversario, que con vagos intentos trataba de robar los poemas que guardaba en el interior de sus pestañas.

—¡Revivid mis oídos con los cantos agrios que guardáis bajo vuestras pestañas! —ordenó la Luna, mirando fijamente los ojos trémulos del foráneo que había intentado robar los cabellos de su hija, esos que escondían profundamente un corazón semejante a las uvas cuando envejecen.

Anqa, con los labios entumecidos, pronunciaba como si guardase rocas meditabundas que escondían pensamientos negros bajo la diástole de sus encías, que sangraban de dolor...

¡Los pájaros han muerto en el aire desangrándose!
 Y he visto caer sus plumas junto a las hojas suicidas...
 La loba que aúlla a la luz de la luna,
 la luna que aúlla a las estrellas...,
 esas que han visto las alas del pájaro muerto,
 ¡ese que no volverá jamás!

En unos segundos —como cuando un lobo atisba fijamente a su presa mientras la devora en sus pensamientos, para después concretar sus designios—, la flecha acongojada de la Luna atravesó el pecho desnudo de Anqa, hijo de la nada, proscrito de sus tierras, el cual ahora vagaba por el bosque de los seres de las almas sin brújula.

Desde aquel entonces, Yana enterró sus pies humanos junto a las raíces de los eucaliptos, para jamás volver a mirar directamente a los ojos de su madre, quien después de un tiempo la había olvidado confundiénola entre sus pensamientos distraídos, con el entusiasmo que despertaba la llegada de los abedules en su corazón dolorido por aquellas culpas inconscientes que dormían al lado de sus sienes desgraciadas.

El tiempo había transcurrido tan deprisa como cuando el sol desfallece al pie de las montañas en cada atardecer, dando paso sucesivamente a las lunas mezquinas del tiempo. El bosque permanecía de luto, con el ave Tucu como su eterno guardián, que desde el ático de los eucaliptos observaba hasta la más mínima rajadura que ocasionaba una oruga al intentar romper su capullo. En el instante en que las garras del animal habían atravesado las ramas de los eucaliptos, Yana, que se mantenía exánime al pie de estos, había sentido el olor a escarlata que despedían las arterias de los corazones atravesados, que al mismo tiempo traían el recuerdo de la noche en que la flecha acongojada de la luna atravesó el pecho desnudo de Anqa, cuya alma volaba ahora vertiginosamente junto al canto decrepito de las luciérnagas.

Enseguida los párpados se le cayeron, como cuando las hojas se desprenden de sus ramas sin esfuerzo alguno, y sus almas al lado de los eucaliptos comenzaron a mermar, elevándose junto a las luciérnagas que volaban para recibir a la noche mezquina.

—¡*Wañuchimuy!* ¡*Wañuchipuy!* —cantaba el Tucu, advirtiendo a la luna de la partida de su eterna prisionera.



Caperucita ya no viene a visitarme

Por: Jaime Magnan





Desde que talaron el monte para construir la carretera que pasaría cerca de mi casa, pensé que mi querida nietecita, Caperucita Roja, vendría más a menudo a visitarme. Bastaría que abordara uno de esos buses interprovinciales, pagara la mitad del pasaje y bajara en el paradero escondido. Desde allí solo tendría que recorrer unos cien metros para alcanzar mi modesto chalecito. Ahora el camino era mucho más expedito, porque no había animales que distrajeran a mi nieta ni lobo que la asustara; tras la desaparición del bosque, estos habían huido o, simplemente, dejado de existir.

Al principio, cuando inauguraron la carretera, Caperucita venía, sábado por medio, a visitarme. Como había que estar a las alturas de la modernidad, la niña había desechado el canasto de mimbre y lo había reemplazado por una coqueta mochila con ruedas, repleta de cajitas de plástico de diferentes portes, marca *Tupperware* o *Avon*. En ellas traía la comida preparada por su madre, mi hija.

De igual manera, cambió su graciosa solerita por unos gastados y ajustados jeans y una remera que no alcanzaba a cubrir su ombligo. «Es la última moda, Nita», me decía, ruborizada a la fuerza, con tanto colorete esparcido por las mejillas. Pero, lo peor de todo, fue que descartó su capita roja con capucha por un coqueto abrigo acolchado. Al menos había mantenido el color. Aunque a veces vestía una delgada y escotada sudadera rojo italiano.

Sea como sea, sin importarme su apariencia y la pésima comida que traía (baja en sodio, calorías, colesterol y no sé cuántas otras porquerías), celebraba su compañía. No me bastaba el celular, la TV digital y la Internet para chatear con mis amigas y conocidos: deseaba alguien a mi lado, una persona de carne y hueso y no compañía virtual. Cosas de vieja.

Aquel sábado por la mañana, mi hija marcó mi número y me comentó que Caperucita venía a verme con una gran cantidad de comida, preparada especialmente por ella atendiendo a mis reclamos: pan amasado integral, mermeladas dietéticas, arroz blanco, sopa de pollo y una jalea, entre otras muchas cosas que entusiasmaron mi paladar, aburrido de comer la típica crema de arvejas y puré de lentejas en polvo, que me entregaban mensualmente las funcionarias del consultorio en sus rondas por los campos.

Contenta por la inminente visita de mi nieta favorita, puse agua en la estufa de leña y calenté en el horno un panecito con semillas de amapola que había aprendido a hacer siguiendo los pasos de ese chef tan simpático, pero carente de virilidad, del canal de cable cuyo nombre no recuerdo.

Barri y saqué brillo al piso de la casa, sacudí cada rincón de la misma, restregué con un paño empapado de lustramuebles todos los enseres que encontré a mi paso y, para rematar, eché una buena rociada de desodorante ambiental, uno con olor a popurrí. Satisfecha, me acomodé en la mecedora y me dispuse a tejer una colorida bufanda para Caperucita mientras, de reojo, observaba el reloj mural.

Pasó media hora, la correspondiente a la duración del trayecto; luego una hora, y dos, y tres, y Caperucita no daba señales de vida.

Aburrida de tejer y de recalentar el agua y el pan una y otra vez, decidí llamar a su madre, pero con tanto preparativo olvidé cargar el aparatito. A esa hora, pasado el mediodía, no me quedaba más remedio que preparar mi consabida bazofia de crema de no sé qué cosa. No podía pasar por alto el almuerzo si deseaba estar bien de salud, no podía despreocupar la alimentación.

En eso estaba cuando escuché unos golpecitos en la puerta. Pensando que se trataba de mi sobrina, corrí a abrir y cuál sería mi sorpresa al ver a un joven, muy alto, muy bien formado y semidesnudo que imploraba piedad con cara de niño bueno.

—Señora —dijo él, temeroso—. Disculpe que la moleste, pero necesito ayuda.

Recelosa del extraño visitante, di un paso atrás.

—¿Qué sucede, muchacho? —Fue todo lo que acerté a preguntar.

—Usted no me va a creer...

El chico se hallaba en estado de shock. Convencida de que traía buenas intenciones, lo dejé pasar. Lo invité a sentarse en mi mecedora y ahí él narró su increíble historia.

Hacia varios días que vagaba por el bosque. Vivía muy lejos de aquí, en un recóndito lugar en la montaña. Me contó que su familia sufría una terrible maldición, conjurada por un brujo celoso del buen pasar económico que disfrutaban sus padres y hermanos. Para arrastrarlos a la ruina, todos los varones, una vez cumplidos los dieciocho años, se convertían en lobos cada vez que hubiese luna llena. Fernando, que así se llamaba mi visitante, había experimentado por primera vez el hechizo, y este lo había desorientado por completo. Me compadecí del chico. Le ofrecí mi ayuda y él besó mis manos en señal de gratitud mientras ahogaba un sollozo.

Acto seguido, le di un buen baño, lo vestí con una bata de mi difunto marido, que aún conservaba, y preparé una buena dosis de esa crema de lentejas aliñada con orégano y queso rallado. Luego le invité a un café con pan de amapola y lo arrojé en mi cama, procurándole suaves caricias en su desordenado pelo castaño.

Él comentó que nunca olvidaría este gesto, ya que nadie en los alrededores le había brindado hospitalidad. Le pedí que no se marchara, que se quedara conmigo. Él aceptó y prometió que siempre me cuidaría, que nunca me haría daño y que no dejaría que nadie me lo hiciera. Nos quedamos conversando toda la tarde, hasta entrada la noche... una nueva noche de luna llena.

Cuando los primeros rayos lunares entraron por las ventanas, lo vi experimentar un terrible dolor, tan terrible que lo hacía retorcerse como si estuviese poseído. Su juvenil y bello cuerpo se ensanchaba a la vez que se volvía peludo. La transformación fue rápida, no más allá de unos cinco minutos. Cuando terminó, me encontré con una horripilante pero atractiva bestia, que babeaba y resollaba odio. Temí que Fernando, en esta génesis, olvidase su promesa, pero no fue así. Pasó junto a mí y saltó por una ventana, atravesando el cristal para perderse por el campo bañado de una luz plateada, de belleza sin igual, tras lo que quedé muy preocupada.

Unos minutos más tarde, divisé por el camino que conducía a mi casa una figura que me pareció conocida. Era mi adorable nietecita, acompañada de un señor mayor. Ambos se presentaron en mi puerta y me saludaron de forma muy festiva. Estaban completamente ebrios.

—¡Caperucita, hija! —exclamé, escandalizada—. ¿Dónde estabas? ¿Se suponía que llegarías en la mañana! ¿Qué horas de llegar son estas? Y este señor ¿quién es?

—¡Putas que hace preguntas, *iñora!* —, reclamó el hombre, al que calculé unos cuarenta y pico años.

—¿No te dije que la vieja se iba a escandalizar? —, indicó Caperucita, desafiante.

—Hija, si tus padres se llegan a enterar...

—¿Qué? ¿Acaso les vas a ir con el cuento, vieja hocicona? —, respondió—. Yo ya soy grandecita, para que sepas... Y este señor —indicó, posando su mano sobre la abultada entrepierna masculina, en completo desparpajo— es mi hombre...

Observé al aludido, que me sonreía burlesco, mientras brillaba desde su boca abierta un poco agraciado diente de oro.

—Yo soy el hombre de esta cosita rica —manifestó él, con desfachatez, mientras se colocaba tras ella y aprisionaba sus minúsculos senos—. Y me la acabo de comer...

Ambos rieron de forma escandalosa.

—¡Jugábamos a Caperucita y el lobo! —declararon en coro.

Escandalizada intenté cerrar la puerta, pero se interpuso el pie del hombre. Este empujó con fuerza y yo caí al suelo, producto del empujón.

—¡Ya, vieja de mierda! —amenazó él con una mano—. ¿Dónde *guardai* la plata?

Mi mente quedó en blanco. El miedo me dominaba mientras Caperucita se desternillaba apoyando su espalda contra la pared, sin dejar de apuntarme con un dedo.

Intenté arrastrarme por el suelo, con la débil esperanza de separarme de mi agresor, pero fue en vano. El hombre se inclinó y cogió uno de mis tobillos, impidiéndome seguir. Luego me atrajo hacia él, desandando mi pobre camino de fuga. Me volví para enfrentarlo, con el desesperado anhelo de hacerlo razonar, pero él exhibió una gran cuchilla, en cuyo filo se reflejaban sus ojos, que emitían un extraño fulgor.

El miedo se apoderó de mí y me oriné. Aquella huella de líquido que brotaba de mis entrañas y originaba una poza en torno a mí alimentó las burlas y las risas de Caperucita y su acompañante, mientras la humillación me abrazaba.

—¡No *perdai* más el tiempo, guagüita! —dijo mi nieta—. ¡Despacha a la vieja y nos ponemos a buscar la plata!

Lloré ante aquella sentencia. La carne de mi carne me sentenciaba a muerte. Ni en la peor de mis pesadillas podía haber imaginado algo así.

—¿Por qué haces esto, Caperucita? —me atreví a preguntar, con desesperación—. ¿Qué te he hecho yo?

—¿Que-que te he hecho yo? —repitió con sorna la mocosa, acercándose a mi lado y cogiéndome del pelo con fuerza—. Durante todo este tiempo he tenido que sacrificar mis ratos libres contigo, mi querida abuelita. ¿Nunca se te ocurrió pensar en los peligros que podían acechar a una mocosa? ¡Todo por traerte tu maldita comida, vieja de mierda!

—¡Ay, mi niña...! ¡Tú nunca dijiste nada!

—¿Y qué sacaba con hacerlo?

—¡Ya, cosita! —, se interpuso el hombre, de seguro aburrido ante estas confesiones familiares—. ¡Hazte a un lado para destripar a esta vieja!

—¡Chao, abuelita! —, indicó Caperucita, con falso cariño, a la vez que obedecía a su amante. En ese instante vi el filo del cuchillo dirigirse hacia mí. Entregada a mi triste final, cerré los ojos, a la espera de ser blandida por el arma criminal. Sin embargo, un golpe seco me obligó a contemplar la escena. El hombre ya no estaba ante mí y la risa sórdida de Caperucita había desaparecido de su boca.

Observé el lugar hacia donde los ojos de mi nieta miraban aterrados. La figura de una gran bestia sacudía del cuello un objeto inerte, una especie de espantapájaros, hasta azotarlo contra una pared. En un intento desesperado, la víctima intentó levantarse, pero la bestia se volvió contra él y terminó por despedazarlo; a nosotras nos alcanzaron los restos humanos con la correspondiente salpicadura de sangre. Luego sobrevino un sobrecogedor silencio.

El hechor, aquella criatura de desproporcionadas dimensiones, se volvió hacia Caperucita. La niña se hincó juntando sus manos, en una absurda oblación. Escuché que me llamaba, pedía mi ayuda, su llanto se ahogaba en su garganta, pero yo enmudecí.

La criatura se abalanzó sobre Caperucita y la despedazó con violencia, apagando los gritos de la otrora insolente muchacha. Fue cuestión de minutos. El suelo quedó inundado de sangre y de restos, esparcidos por aquí y por allá.

Luego, el autor se volvió hacia mí. Nos miramos a los ojos. En ese momento dejé de sentir miedo. Reconocí a mi lobo, que se acomodaba junto a mí. Acaricé su pelaje, sintiendo su sollozo. Estuvimos por varias horas así, quitecitos, sintiendo la presencia del otro, en un extraño rito de complicidad. Antes de que amaneciera y la luna llena se marchara, Fernando reapareció ante mí, completamente desnudo, sollozando y pidiéndome que lo disculpara.

Lo abracé, agradecida.

Antes de que saliera el sol limpiamos todo aquel desastre. Reunimos los restos de aquellos impetuosos amantes y los enterramos en un rincón del jardín, donde planté unos geranios.

Luego, Fernando y yo nos dimos un baño. Descubrimos nuestros cuerpos sin vergüenza y, una vez en la cama, hicimos el amor por no sé cuántas horas.

Días después, ante la ausencia de la nena en casa, vinieron sus padres a verme, a preguntar por ella. Yo aclaré que Caperucita nunca había llegado aquel sábado. La buscaron durante varios meses, de forma infructuosa. La policía finalmente concluyó que de seguro la muchacha había escapado, porque daba la casualidad de que un trabajador forestal también se encontraba desaparecido y unos testigos declararon haberlos vistos a la salida de un motel de mala muerte.

Mi hija quedó tan mal con la noticia que se despreocupó por completo de mí. Pero no me importó, porque desde aquel día en que encontré en Fernando el verdadero amor soy muy feliz. Ya no necesito de celular, televisión ni ninguna otra tontera moderna. Ahora tengo verdadera compañía, un hombre joven que me protege día y noche y que me alegra la vejez.

¿Qué más puede pedir una amorosa viejecita como yo?



El hombre detrás de la lana

La balada del nunca amado

Oscuro - Parte 11

Por: Julio Cevalco





La habitación olía a sudor, sexo y demás fluidos humanos. Dentro de la casa del Carnero se había confinado un acto salvaje, de pasiones descontroladas y primitivas, y unos gemidos de ninfa se habían oído a lo largo de las campiñas. También se escuchó el rugido de él al derramar su semilla por primera vez sobre los muslos de ella. Sin embargo, Ariela Shael'tiel había vuelto a dominar y someter a la mujer-monstruo.

El duunviro la tomó por los hombros. Le presionó las escamas y, como si fuera un sabueso, arremetió contra su cuello, olisqueándolo, humedeciéndolo con cada una de sus lamidas. La mujer gemía en su oído mientras lo sentía dentro de sí. Ariela embestía. Mordía su cuello. Respiraba y arrancaba un trozo de carne de una mordida. La sangre salpicaba su rostro y chorreaba de sus mandíbulas mientras él seguía embistiendo... embistiendo con fuerza, y observaba las nubes de su aliento que se formaban en la oscuridad. En ese momento, al duunviro lo invadió una comezón en el borde del glande, una comezón creciente que crecía con cada uno de sus embistes hasta que se tensaron sus músculos.

Nuevamente había sentido la erupción del volcán.

El labriego se corrió dentro, como cada noche que se acostaba con su ama, y ahora, por fin, después de varios minutos se sentía satisfecho. Poco a poco disminuía su ritmo cardiaco. Su respiración regresaba a la normalidad. Despacio. Despacio. Muy despacio...

Luego de ladearse a un costado del catre, sintió que la mujer de las escamas le acariciaba el miembro, el cual había recuperado su flaccidez. Lilien lo miró a los ojos, con el cuello manchado de una sustancia roja. Era sangre. En su lugar cualquier mujer se hubiese horrorizado, pero la mujer-monstruo era distinta al resto de féminas. La labriega sonreía, con el rostro escamado como si fuera un pez. Él sabía que ninguno de los labriegos hubiese volteado a mirarla, pero a Ariela, por el contrario, le fascinaba. Sus caderas gruesas, su cintura plana y sus senos redondos de pezones rosados despertaban su libido. El duunviro gustaba de tirar de su cabellera al montarla en cuatro patas, y bucear como un molusco en su templo húmedo, emponzoñándose de olores a sudor salado, maduros y pescados putrefactos.

—Quiero que me muerdas —le exigió la mujer—. Quiero que me muerdas de nuevo y que me arranques las escamas con tus dientes. Quiero que bebas mi sangre otra vez. ¿Por qué te has detenido, milord?

El duunviro no contestó.

La habitación estaba a oscuras como un sepulcro, y dentro de toda esa oscuridad al lord Carnero poco le importaba satisfacerla. Si bien el deseo lo enloquecía, no compartía sus parafilias. Además ya la había mordido una vez, y una vez era para él suficiente. Si el labriego comenzaba a besarla, seguro que perdería el control y no solo le arrancararía la piel, sino también su lengua de víbora.

«Tal vez no sería mala idea», pensó. «Te sacaré la lengua para que no hables, y así solamente servirás para follarte, monstruosa puta de mierda. Porque eso es para lo único que servís tú y todo tu maldito género. Puta. Puta. Puta. Y mil veces puta».

Sin embargo el duunviro se contuvo. No le arrancó la lengua. Por el contrario, se levantó de la cama, desnudo, y caminó con dirección al ventanal como la sombra de un demonio. Las sábanas que sin darse cuenta había arrastrado con las manos cayeron sobre la suave alfombra.

—Necesito un poco de vino —dijo, mirando de reojo a la mujer. Pero ella no se movió—. Tráeme vino ahora, puta, y luego échate, que quiero follarte el culo. Será mejor que no te cagues esta vez.

Lilien se levantó y, sin chistar, se fue.

Por fin se había quedado solo.

«Pero qué alivio... A veces puede ser un dolor de testículos», pensó el labriego al recordar el rostro de la campesina.

Esa noche Ariela Shael'tiel se encontraba bastante sobrio. Desde que visitó a los ritualistas había bebido menos que en los primeros días del mes. En el pueblo no era un secreto que el duunviro toleraba el alcohol, ni que aún borracho cabalgaba bajo la lluvia ni que cruzaba esos campos de hierbas largas y grises, que parecían pelambreras de una bestia monstruosa. Cuando salía en pos de sus fantasmas y de sus tormentos más ruines, penetraba en la niebla respirando el olor de la noche y el de la soledad. Había cabalgado un mar de veces a solas desde que tenía memoria y, por eso, su espíritu se había endurecido como una espalda acostumbrada al dolor y al estallido de los vergajos. El Carnero era un lobo solitario. Un jinete de cabellos de fuego que amaba la soledad de su alma. Pero todo se había complicado desde esas fatídicas noches en que lo abandonaron sus protegidos.

El labriego, despacio, desvió la mirada hacia el velador y observó los retratos que había trazado hacía tanto tiempo: Lavondyss Càrragan y su hermana Rose. El primero era un muchacho alto de unos veinte años, con los cabellos castaños y largos. Ariela recordaba que el chico era muy hábil con las piedras, que tenía talento. Luego de lanzarlas sobre el barro interpretaba los símbolos antes de que la Garra diera pie a los rituales. Sin embargo su hermana Rose era mucho mejor, en especial en las artes divinatorias. La cría lo superaba en casi todo y, a diferencia de él, las visiones de la muchacha casi siempre se cumplían.

«Eran jóvenes y hermosos. Es una pena que se hayan marchado. Sobre todo a tan temprana edad».

Luego de recordar las sonrisas de los muchachos, el duunviro se preguntó por qué no habían vaticinado sus funestos finales.

«Tal vez no los hubiese perdido», se repetía a diario y, pese a sus nulos conocimientos de las antiguas artes, creía que hubiese podido sacarlos de las campiñas y guiado hasta un lugar lejano, oculto e inalcanzable, donde ni la muerte ni la locura pudiesen viajar jamás.

Pero era un deseo ilusorio. Lástima. Cada vez que lo pensaba terminaba odiándose por llenar su cabeza de fantasías. ¿Por qué Rose había tenido que morir? ¿Por qué Lavondyss había tenido que marcharse? Y ¿por qué ambos lo habían dejado solo, en ese mundo queapestaba a cadáver?

Por el momento no tenía respuestas.

Día a día, el Carnero maldecía su suerte recordando los veranos e inviernos de antaño, cuando su nombre era el más respetado de Lilièt Cànnen.

Los mejores tiempos, decían los campesinos, siempre ocurrían en el pasado. Y el duunviro pensaba que su pueblo tenía toda la razón de los Campos Pelosos.

«En la Época de la Plaga regentas un duunvirato cuando, dada tu herencia de sangre, el gobierno debería ser unitario», se lamentaba. «Mala cosa. Muy mala».

Además la regencia no marchaba con buen pie. Dividir el mando era de por sí complejo, y, para mayor escarnio, se habían sumado dos males terribles: el primero era la plaga, y el segundo, la migración del campesinado.

El duunviro blasfemó al pensar que antes todo resultaba más sencillo.

—Maldita la época en que me toca vivir. Malditos los refugiados, los labriegos y maldita sea la Garra —susurró, recluso en su sombrío rincón.

Algunos decenios en el pasado, cuando aún chupaba la teta de su nodriza, los labriegos de los Campos Pelosos gozaban de una vida diferente. Entonces la religión era tratada como una práctica oscura, propia de druidas y ritualistas, y la mayoría de practicantes eran hombres de su linaje. La ciudadela del norte, allí donde se alojaban los efebos y donde crecía un jardín salvaje, era vista como un lugar sagrado y los labriegos tenían prohibido acercarse a los parterres. Pero ora en los tiempos de plaga, ora en la época del duunvirato, era todo diferente. Los cambios se habían dado de manera natural. Lentos, a la medida y a largo plazo. El progreso, orquestado por maestros-labriegos —esos de los cabellos de fuego y los ojos como el océano—, había dado un giro inesperado, maquinado desde las sombras. Y lo más terrible era que poco a poco el nuevo sistema de gobierno dejaba al Carnero de lado. Campesinos

como Mòrdekhay Milkraev, Kàlanit van Riegen o la peletera Godètt de Bertrànd parecían confabular a sus espaldas, y su única aliada dentro de esa maraña se encontraba diez metros bajo tierra. Ariela se preguntaba cuánto duraría como líder decorativo, cuándo llegaría la noche en que los labriegos de Mòrdekhay se cansarían de él y le harían una visita en su casona solitaria.

Repentinamente la puerta de la habitación se abrió con un crujido; el duunviro escuchó el chacoloteo de las bisagras.

Un par de pies desnudos avanzaron en la oscuridad, mientras Ariela Shael'tiel los observaba desde el rincón, delante de los ajimeces. Al levantar la cabeza, los ojos de la mujer con la piel descamada brillaron como el topacio y, de no ser por esa enfermedad horrenda, Lilien Lalaurie hubiese sido una campesina como cualquier otra.

Pero no lo era.

Era un monstruo.

La mujer le lanzó el pellejo de vino al Carnero, quien lo atrapó con una de sus manos.

—Pruébelo, milord. Dulce. Tal como le gusta. —El semblante de Lilien le hacía recordar esas historias del pasado, cuando los primeros refugiados se presentaron en Lilièt-Cànnèn: una multitud de hombres y mujeres andrajosos, pobres, hambrientos y en compañía de manadas de sus mugrosos hijos; no había duda de que la mujer-monstruo descendía de la misma prosapia.

«Cuando el pueblo no aprende de sus errores, está condenado a repetirlos» pensó el duunviro mientras bebía de su pellejo sin quitar la mirada del rostro escamoso y repleto de granos. «No voy a dejar que eso ocurra otra vez. En los últimos treinta años la inmigración ha hecho más daño del que mi pueblo jamás imaginó. Es por eso que los occidentales deben caer. Deben ser eliminados para siempre».

Ariela recordó que Lilièt-Cànnèn ya albergaba decenas de muchachos y algunas familias occidentales; una bastarda de cabellos negros parecidos a los de su amante había sido la última en ser recibida.

—Échate —le ordenó a la mujer mientras se agarraba el pene con la mano que le quedaba libre. El miembro se mantenía flácido, como el cuerpo de una gorda anguila—. Quiero que me enseñes tu poderoso culo, a ver si me la llega a poner dura otra vez.

—Mejor siéntate tú, milord; relájate y separa un poco las piernas, que esta noche seré yo quien te mime. —La mujer esbozó una sonrisa; una dentadura con mella saludó al duunviro.

Ariela pensó, de pronto, que no sería una mala idea dejar que la mujer le chupara su pene. «Bueno... Sabe usar la boca bastante bien», se dijo al caminar hacia la cama, donde se sentó sin dejar de beber. Un reguero rosa corrió por las comisuras de sus labios y manchó la alfombra. El duunviro cerró los ojos mientras bebía y mientras la labriega tomaba su miembro con las manos para introducirse en la boca. En una fracción de segundo llegó el primer lengüetazo, el cual humedeció los nervios de su glande. Pero pese a sus treinta y tantos otoños, la sensibilidad del labriego era similar a la de un septuagenario.

Ariela Shael'tiel espiró el aire como si de verdad disfrutara, pero el rostro barroso de la mujer le causaba náuseas. Quizá debía imaginar a alguien más. Con esos cabellos negros podía ser una de las tantas labriegas de los Campos Pelosos. La mujer, al punto, retiró la boca de su pene y se lo quedó mirando, mientras deslizaba la mano de abajo arriba sosteniendo su miembro.

—¿Qué pasa, cariño? ¿No te gusta cómo la chupo? Antes de que fuera a por el vino estabas convertido en un semental.

«Y tú estabas a cuatro patas. Estaba viendo tu culo, no tu cara». El labriego se contuvo por un segundo. No quería echar la noche a perder.

—He escuchado algunos ruidos por la mañana —susurró, cambiando de conversación—. En las campiñas, al sur de la casa, cerca de la cabaña de Mòrdekhay, caminaban unas crías con trinchas y guadañas.

—Sí. Los labriegos se están reuniendo, las primeras rondas acampan al otro lado de la muralla. No tenemos tantos hombres, pero varias mujeres acuden a donde el labriego a cargo. ¿No querrías que algunas nos acompañasen, milord? Muchas tienen cabellos negros como los míos. Si deseas puedes imaginarlas.

—La guerra y el sexo son dos pasiones que me excitan —musitó el duunviro y, en ese momento, sintió que su miembro empezaba a erguirse—. Si vamos a traer a alguien, tiene que ser una cría a la que le guste encamarse. No quiero que se asuste ni que llore mientras me la chupa.

—Como ordenéis. Estaba pensando en la aprendiz de Mèrrin Merkàhrek, Abela; una curandera de once años que cabalga como puta de burdel. Además puede manejar la guadaña con eficacia. —El labriego había probado niñas, pero las vaginas muy estrechas no le gustaban. Si la tal Abela compartía cama con él y con la mujer de las escamas, pensaba dejársela a su amante. Él buscaría otra, además la lista era larga.

Con cuidado, Lillien aceleró los movimientos de su mano a medida que el pene del duunviro se endurecía y se volvía más gordo. De arriba abajo, de abajo arriba, de arriba abajo. Y así.

—Te gustan las niñas, ¿eh? A mí también, milord.

—Me gustan las mujeres de pelo negro y que mantienen callada la boca. —Las miradas de ambos amantes se cruzaron por una vez y Lillien, por un segundo, paró de masturbarlo. Entonces el duunviro esbozó una sonrisa, como si fuera un bufón—. Vamos, continúa. No quiero que te lo tomes a mal, porque me gusta cómo lo haces. Es solo que de pronto no me siento muy a gusto.

La mujer permaneció en silencio y, con la otra mano, acarició el espeso vellocino rojo del labriego.

—Podríamos traer a Lola, la cocinera que se acuesta con el labriego Brurya, ese muchacho que se follaba a la Godètt. —Era evidente que la mujer tampoco quería echar a perder el momento. Pero a Ariela no le gustaba Lola. Tenía el cabello encrespado y oscuro como la crin de un caballo y seguro que relinchaba como las mulas.

Lilien, de pronto, se inclinó hacia el miembro del duunviro, y la sangre que humedecía su cuello, producto de la mordida del Carnero, corrió como un riachuelo. Entonces Ariela pensó que podría convencer a Kàlanit van Riegen, la labriega de la Garra que descendía de los sureños. Sin embargo luego descartó aquella idea.

El duunviro dio un sorbo a su pellejo y se sintió como si la oscuridad del recinto se lo tragara y ya no perteneciera al campo. ¿Desde cuándo se había interesado en traer a otra mujer para complacer los gustos de su ramera? ¿Y desde cuándo se dejaba manipular por ella? El labriego, despacio, agachó la cabeza, observando el rostro granoso de la mujer-monstruo. Pese a su fealdad, sentía que su sudor áspero lo seducía.

—O tal vez no prefieras a otra —susurró la mujer, poco antes de humedecerle el glande con la lengua.

«Por supuesto que no prefiero a otra, puta...», pensó el duunviro mientras sentía que su cuerpo se relajaba y que, con las piernas estiradas, su miembro terminaba de erguirse como el mástil de un barco. Por fin había despertado su arma, y su amante la envolvía con la boca, deslizando la cabeza de abajo arriba y de arriba abajo hasta humedecer el pubis con los labios.

—Si tan solo no fueras tan horrenda... —susurró el labriego con los ojos cerrados. Pero al parecer la mujer no lo escuchó.

Ariela Shael'tiel, poco a poco, empezó a dejarse llevar por el ardor en su herramienta, por los sonidos húmedos de los labios, por la succión bucal, por su imaginación retorcida. Y, con los ojos cerrados y el cuerpo trepidando, recreó el semblante rejuvenecido de una muchacha: un semblante que no tenía escamas ni tampoco granos. Un semblante cortado que se le apareció en un pispás y sin ninguna explicación. Un semblante femenino, con los ambarinos ojos de los bastardos. Entonces supo a qué otra mujer quería. «Ella me había dicho que la entrenara. ¿Por qué no? Tal vez debería tomar su palabra».

En lo profundo del bosque

Por: Edher Juárez





Se adentraron cada vez más en aquel extenso bosque, donde uno apenas era tocado por los rayos del sol. Los tres amigos seguían en busca de su presa, caminando con total tranquilidad.

—OK, OK —dijo uno de ellos, entre risas—. Escuchen este, de verdad que es bueno.

—Muy bien Frank, pero si no lo es te juro que te disparo —dijo Gus.

—Estaba una pizza llorando en el cementerio, entonces llega otra pizza y le dice: «¿Era familiar?», a lo que responde la primera: «No, era mediana». —Los dos hombres rieron, pero uno no. Su tercer amigo, que iba serio a la delantera, buscaba con más cuidado a la presa.

—¿Qué piensas, Jon? —le dijo Gus a su callado amigo—. Debería dispararle al idiota de Frank por otro mal chiste.

—Nos acercamos —dijo Jon, sin poner mucha atención a la conversación.

—Genial —dijo el siempre sonriente Frank—, porque ya me estoy empezando a cansar, ¿saben?, mis juanetes no están hechos para este tipo de caminatas.

—Creo que deberíamos acampar aquí, Jon —dijo Gus—. Yo tampoco creo que vaya a aguantar mucho.

—Estamos demasiado cerca —dijo Jon seriamente—. Descansaremos más tarde, todavía es muy temprano.

—Oh, vamos, Jony. —Esta vez habló Frank el simpático—. Se supone que esto lo hacemos por diversión.

—Y será divertido al matarlo.

—Es solo un animal, Jon, también tiene que dormir.

—Descansaremos después. —Esta vez, el feliz Frank no se veía tan feliz.

—Vamos, Frank, sigamos o se nos va a escapar —dijo Gus al adelantarse Jon.

—Se supone que hacíamos esto para que se relajara y míralo —dijo Frank a Gus—. Está peor, parece que le estuvieran haciendo una colonoscopia. —Gus rio ante el comentario, pero Frank no; él estaba serio esta vez.

—Ha pasado por tiempos difíciles —dijo Gus al ver que Frank no estaba contento, tratando de mejorar el ambiente.

—Lo sé, soy su amigo y por eso estoy aquí.

—Vamos, Frank, hay que seguir, que si no, se nos va a escapar.

—Sí, sí, sí. —Siguieron caminando—. Le contaré otro chiste.

—Otro no, por el amor de Dios, otro maldito de tus chistes no.

—Este le gustará. —Alcanzaron sin mucho esfuerzo a su amigo Jon—. Ey, Jon, escucha esto. —La cara de Jon parecía no disfrutar nada el hablar de su amigo, pero aun así Frank continuó—. Llega la mamá a casa y le dice a su marido: «Mi amor, dame al bebé». Y él le contesta: «Espera a que lllore». «¿Por qué?», dice ella. A lo que él responde: «Porque no lo encuentro». —Frank se carcajeó, pero Jon no.

Después de algún tiempo y otros malos chistes, encontraron lo que vinieron a hallar. Miraron a un alce entre los árboles, se acercaron con mucho silencio, mientras el animal comía de la maleza.

—Dispárale, Jon —dijo Gus—. Tú lo rastreaste, es tuyo.

Jon tomó su rifle, calmó su respiración mientras miraba al animal comer; luego jaló el gatillo. Le dio en un costado pero no lo mató; el animal huyó ante el sonido, no ante el impacto.

—Le di —dijo Jon.

—Sí, pero escapó —dijo Frank irónicamente.

—Está malherido, mira la sangre —dijo Gus.

—Hay que buscarlo —dijo Jon y empezó a caminar.

—¿Qué? —dijo Frank—. Caminar más.

—No te quejes, Frank —le dijo Gus a su amigo.

Siguieron el rastro de sangre sin demasiada dificultad, pues era mucha la que había perdido el pobre animal. A los pocos minutos lo encontraron tirado, respirando con dificultad.

—Mátalo, Jony —dijo Frank, pero Jon solo vio a la bestia herida, tirada y en sufrimiento.

—Es mejor a que sufra, amigo —le dijo Gus a Jon.

Jon asintió con la cabeza y le disparó. Tomaron al animal, lo amarraron de las patas y lo cargaron entre Frank y Jon. En su camino de regreso, algo llamó la atención de Gus.

—¿Qué es eso? —dijo mientras se acercaba a lo que había visto—. ¡Carajo!

Frank y Jon dejaron al animal y se acercaron a Gus.

Había algo muerto en el bosque, algo recargado sobre un árbol, pero no era un animal. Tenía color azul y forma humanoide. Parecía que se encontraba sentado. Su boca estaba abierta; al parecer no tenía ojos. Su sangre, de color azul intenso, brotaba de su cuerpo para caer por el árbol y a sus costados, hasta crear un charco a su alrededor.

—Me lleva —dijo Frank—. Qué carajo hace un Zenonita aquí.

—Más bien, ¿qué le pasó? —dijo Jon, sorprendido al ver el cuerpo sin vida de un Zenonita en mitad del bosque.

—Murió, obviamente —recalcó con sarcasmo Frank.

—¿Qué hacemos? —dijo Gus, mientras Jon se acercaba al cuerpo para inspeccionarlo de cerca.

—Fácil: lo dejamos aquí y nos vamos —dijo Frank.

—No podemos dejarlo así.

—Claro que sí, mírame. —Frank simuló marcharse.

—Si nos vamos y alguien más lo encuentra, harán preguntas —dijo Gus rápidamente para detener a su amigo.

—Sí, y no las responderemos porque estaremos muy lejos, fuera de este sistema solar.

—¿Y qué hay si nos atrapan, eh? ¿Qué hacemos entonces? Revisarán nuestra memoria y verán a un Zenonita muerto.

—Entonces verán que no sabemos nada —dijo Frank, defendiendo su punto de vista.

—Y que no dijimos nada —dijo casi a gritos Gus.

—Tú tienes amigos diplomáticos, ¿no? Es por eso que conseguiste nuestra entrada en este planeta-reserva natural.

—Sí, para matar a un maldito alce, y ahora hay un Zenonita sin ojos. Esto es algo de lo cual no podemos escapar.

—¡Pues debes resolverlo! ¡Tú nos metiste en esto! —Frank empujó a Gus.

—Chicos —dijo Jon, pero no lo escucharon.

—¡No es mi maldita culpa! ¡Estúpido! —Ahora enojado, Gus empujó de vuelta a Frank.

—¡Chicos! —Tanto Gus como Frank pararon al oír gritar a Jon—. No tiene mucho que murió.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Gus.

—La sangre de un Zenonita es corrosiva post mortem y este árbol está bien. Además, el cuerpo aún está caliente.

—¿Tocaste el cadáver? —dijo Frank—. Debes lavarte, ¿sabes?

—Eso no importa, Frank —dijo Gus, algo harto de los comentarios de su compañero—. ¿Qué quieres decir Jon, que quienquiera que lo haya matado sigue aquí?

—Es lo que digo —dijo Jon.

—¡Me lleva! —dijo Frank.

—Bien, hay que calmarse —dijo Gus, tomando una gran bocanada de aire—. Lo primero es lo primero: carguen sus armas.

—Estas bromeando —dijo Frank—. ¿Quieres ir a por él... o eso... o lo que sea?

—No, claro que no. Es precaución.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Hay una estación de vigilancia no muy lejos de aquí, podemos ir y reportar el cuerpo y...

—Mala idea, Gus, mala idea. ¿Recuerdas? La cacería es ilegal, estar en este planeta es ilegal, tener este tipo de armas, con pólvora, es superilegal. Es mala idea, Gus. Mala idea.

—Lo sé, ¡maldita sea!, pero no pienso en otra cosa —dijo Gus, exasperado.

—Gus, ¿qué tan lejos está la nave? —preguntó Jon.

Gus abrió la palma de su mano y de ella se desplegó una pantalla flotante, que le mostraba la ubicación.

—No muy lejos. La noche nos ganará, sin duda.

—Bien, iremos a la nave.

—¿Y el cuerpo?

—Lo dejaremos, Frank tiene razón. —Frank alzó las manos para agradecerle—. No podemos reportar esto sin meternos en problemas a nosotros o a tus amigos.

—Y qué, ¿solo lo dejamos aquí? —preguntó Gus.

—No. Una vez en la nave, llamas a tus amigos y se lo dices. Apuesto que ellos sabrán qué hacer.

—Buena idea —dijo Frank—. Me gusta esa idea.

—Sí —dijo Gus, no muy convencido—. Creo que es lo mejor.

—Bien —dijo Jon—. Hay que acampar, pronto anochecerá... Pero no aquí, no junto al cuerpo.

—Sí, sera mejor alejarnos.

—¿Qué hacemos con el alce? —preguntó Frank.

—Nos lo llevamos y lo tiramos en el río —le respondió Jon—. No podemos dejar que lo encuentren. Esperemos que logre llegar hasta el océano.

—Esperemos.

Caminaron muy aprisa y tiraron al animal en el riachuelo de paso. Miraban hacia todas partes, esperando que algo malo sucediera; la paranoia se apoderó de los cazadores. Incluso dispararon algunas veces y le dieron a la nada, pues era lo que había ahí: nada.

—¿Qué crees que lo ha matado, Jon? —le preguntó Gus, mientras montaban el campamento.

—No lo sé. Parecían heridas de algún tipo de proyectil —le contestó Jon.

—Pero... no escuchamos nada. Tú estuviste en el ejército, Jon. ¿Hay alguna arma que no haga sonido alguno?

—Hay silenciadores.

—¿Y es posible que no oyéramos nada?

—Hay armas de pólvora, de plasma, de energía Z, pero todas ellas hacen sonido, incluso con silenciadores. Creo que quien hizo esto usó un nuevo tipo de arma.

—¿Crees que nos ha visto? —dijo Gus, asustado.

—Espero que no, Gus. Espero que no.

Comieron un poco de las raciones especiales deshidratadas que traían consigo y luego decidieron hacer turnos al dormir. El primero lo hizo Gus. Jon fue el primero en acostarse.

—Maldita sea, Gus —dijo Frank, en voz baja para no despertar a Jon; pero él estaba despierto y escuchando—. Se suponía que esto sería un viaje de placer, para que Jon descansara.

—¿Y cómo se supone que iba a saber lo que sucedería? —dijo Gus.

—No te culpo de eso, te culpo por no querer ir a Xolnot Prime. Ahora estaríamos jugando en los casinos del lugar o disfrutando de las strippers.

—Jon quería esto, sabes que no le gustan esas cosas.

—Todo mundo ama los senos falsos de una joven hermosa.

—Bueno, después de lo que pasó, no.

—Lo sé, lo sé, solo trato de animar el ambiente.

—Lo sé, Frank, y lo haces bien —le dijo Gus para confortarlo.

—¿De veras? Porque Jon no parece disfrutarlo.

—Solo esta triste, eso es todo.



—Lo ha estado por mucho tiempo. Bueno, me voy a dormir.

—Sí, que descanses.

—Que no te maten, ¿eh? —Gus rio solo.

Ninguno pudo dormir bien esa noche. Cualquier sonido, por pequeño que fuera, los despertaba y asustaba. Cada uno de ellos durmió con su arma al lado, listos para matar. En algún punto de la noche, después de cubrir su guardia, Jon se quedó completamente dormido y solo se despertó en la mañana, cuando la necesidad lo hizo levantarse. Caminó hasta el árbol más cercano, se bajó la cremallera y dejó fluir todo. Se dio cuenta de que su reemplazo estaba dormido. Frank descansaba sentado, con los brazos cruzados y los ojos cerrados. Jon simplemente lo sacudió; Frank se despertó al instante.

—¿Qué pasa? —dijo, asustado.

—Nada, idiota —dijo Jon—. Te quedaste dormido.

—No, solo descansé mis ojos al ver el sol salir.

—Bueno, ya es mañana. Me iré a lavar la cara, despierta a Gus. Nos vamos.

—Claro, Jon, claro —dijo Frank, bostezando, antes de cerrar los ojos de nuevo.

Jon fue a la orilla del riachuelo y se lavó la cara; la piel se le erizó al sentir el frío en el rostro. Llenó su cantimplora y bebió un gran sorbo, rellenó las de sus amigos y...

—¡Jon! —oyó que gritaba Frank—. ¡Jon! ¡Ven!

Jon corrió rápidamente al oír a su amigo desesperado. Al llegar vio el cuerpo sin vida de Gus.

—¿Qué ocurrió? —dijo Jon, anonadado.

—No sé —le respondió Frank, estupefacto—. Le dije «despierta», pero no me contestó, así que lo moví y así estaba.

—¿Qué pasó? —dijo Jon, tomando de los hombros a Frank y sacudiéndolo.

—Ya te dije.

—No ahora, en la noche. —Jon lo sacudió más fuerte.

—Nada, estaba bien, estaba dormido —dijo Frank, temblando y asustado.

—¿Estás seguro? Tú te quedaste dormido.

—Solo fueron unos segundos, te juro que estaba bien.

—¿Oíste algo? ¿Viste algo inusual?

—Nada, Jon, todo normal.

—Carajo, hay que salir de aquí.

Corrieron lejos del lugar, dejando todo atrás. No faltaba mucho para llegar a su nave. Tras unos pocos kilómetros, a paso veloz y llenos de sudor, lograron llegar a su destino, indicado por la pantalla flotante que salía de sus manos a voluntad.

—¿Qué carajo? —dijo Frank, al no ver nada—. No está, ¡no está!

—No es posible —dijo Jon. Revisó el mapa—. Aquí estaba, aquí debe de estar.

—Pues aquí no hay nada, Jon, ¡solo una gran nada! —Jon se acercó adonde se suponía que debía de estar su nave, pero de verdad no había nada—. Vamos a morir aquí, al igual que Gus. Lo sabía, lo sabía, esto fue una mala idea.

—Cálmate, Frank.

—¡Que me calme! Maldita sea, Jon, tu amigo está muerto.

—Sí... mi amigo.

Jon tomó su arma y apuntó a Frank.

—¿Qué estás haciendo, Jon? —dijo Frank, estupefacto.

—¿Quién demonios eres?

—¿De qué hablas, Jon? Soy tu amigo, Frank.

—No, no lo eres.

—Sí, Jon, soy Frank —dijo mientras alzaba las manos con las palmas abiertas para tranquilizar a su amigo—. Jon, Jony, soy yo, Frank. Mírame, tu amigo. ¿Me recuerdas? El que estuvo en tu boda, fui de los primeros en cargar a tu hijo después de nacer y estuve apoyándote después del accidente.

—Sé que eres tú, Frank, recuerdo todos esos momentos.

—Entonces, Jon, baja el rifle.

—Pero sé que jamás te tendría como amigo, Frank. Así que dime quién eres o te vuelo los sesos.

—Mira, Jon —dijo Frank con tranquilidad, pero entonces no pudo más y empezó a reír—. Eres muy listo, Jon, muy listo, sin duda.

—¿Quién eres?

—Primero, dime: ¿qué me delató?

—Me caes mal desde que te conocí y durante todo el viaje no pude evitar pensar: «Dios, cómo odio a Frank». Pero también me dije: «Debo soportarlo, es mi amigo». Pero la verdad es que nunca he soportado a los idiotas como tú; jamás me han agradado. Ni a mí ni a Gus.

Frank simplemente sonrió, mirando a Jon con unos ojos de diversión.

—Fue mi final dramático, ¿verdad? Sí, creo que exageré el final, pero quería darle un toque realista. «Oh, no, Jon, ¿dónde está la nave? Sálvame, Jony».

—La nave en la que veníamos era una nave de dos pasajeros, pequeña para no ser descubiertos.

—Por supuesto, insignificante detalle. —Frank empezó a caminar, pero no alejándose, sino rodeando a Jon.

—No te muevas o te juro que te vuelo los sesos.

—¿Cómo? ¿Así? —dijo Frank. Luego dio un pequeño brinco incitando a Jon a dispararle.

—Te lo advierto.

—¿Ó así? —Dio otro brinco—. ¿O así y así? —Siguió dando pequeños saltos hacia Jon, una danza burlona—. Así, así y así. Hazlo, créeme, no me importa.

Jon disparó. El culetazo lo desbalanceó, pero logró mantenerse en pie. Al igual que Frank.

—Ah —dijo Frank, y empezó a tocarse el torso, con una cara de impresión sobreactuada—. ¿Viste? Nada.

Jon se sorprendió al verlo. Nada, ni un rasguño, ni siquiera su ropa estaba dañada. «Tal vez fallé», pensó Jon.

—No, Jon, no fallaste. Y sí, leo tu mente. Mira, hagámoslo más fácil.

Frank se acercó a Jon, tomó la punta del rifle y se la puso en la frente.

—Vamos, Jon, dispara desde aquí. Así no fallarás.

Sin vacilar, Jon disparó, pero de nuevo el mismo resultado.

—¿Ves? Nada.

—¿Qué eres? —preguntó Jon, boquiabierto.

—Es algo complicado, Jony boy.

—Pues dilo rápido.

—Me encanta tu personalidad, Jon, de verdad que sí. —Jon lo miró fijamente—. Imagínate una fuerza que tiene tanto poder que puede tener esta energía entre sus manos y luego liberarla; al hacerlo, un universo entero se crea: soles, planetas, tú. Bueno, esa fuerza tiene conciencia, y bueno, ese soy yo —dijo, alzando las manos.

—¿Eres dios? —dijo Jon, sorprendido y boquiabierto ante tal revelación.

—¿Cuál de todos? —dijo Frank, riendo—. Ya te dije, Jon: es complicado. A ustedes, los mortales, les gusta ver todo en blanco y negro, buenos y malos, diablos y dioses. La realidad es diferente. Somos un régimen de varios seres, con jerarquías democráticas. Te sorprendería saber el papeleo que se debe hacer para crear un universo o destruir uno.

—No entiendo.

—Por supuesto que no, Jon. Mírame como una especie de semidios, pero con gustos extremistas.

—Te gusta matar —replicó, al ver que solo era un sádico con mucho poder.

—No, Jon, claro que no. Si me gustara nada más que matar, ya estarías muerto. Todo un planeta lleno de vida se extinguiría si solo me gustara matar, Jony. Esto es más que eso.

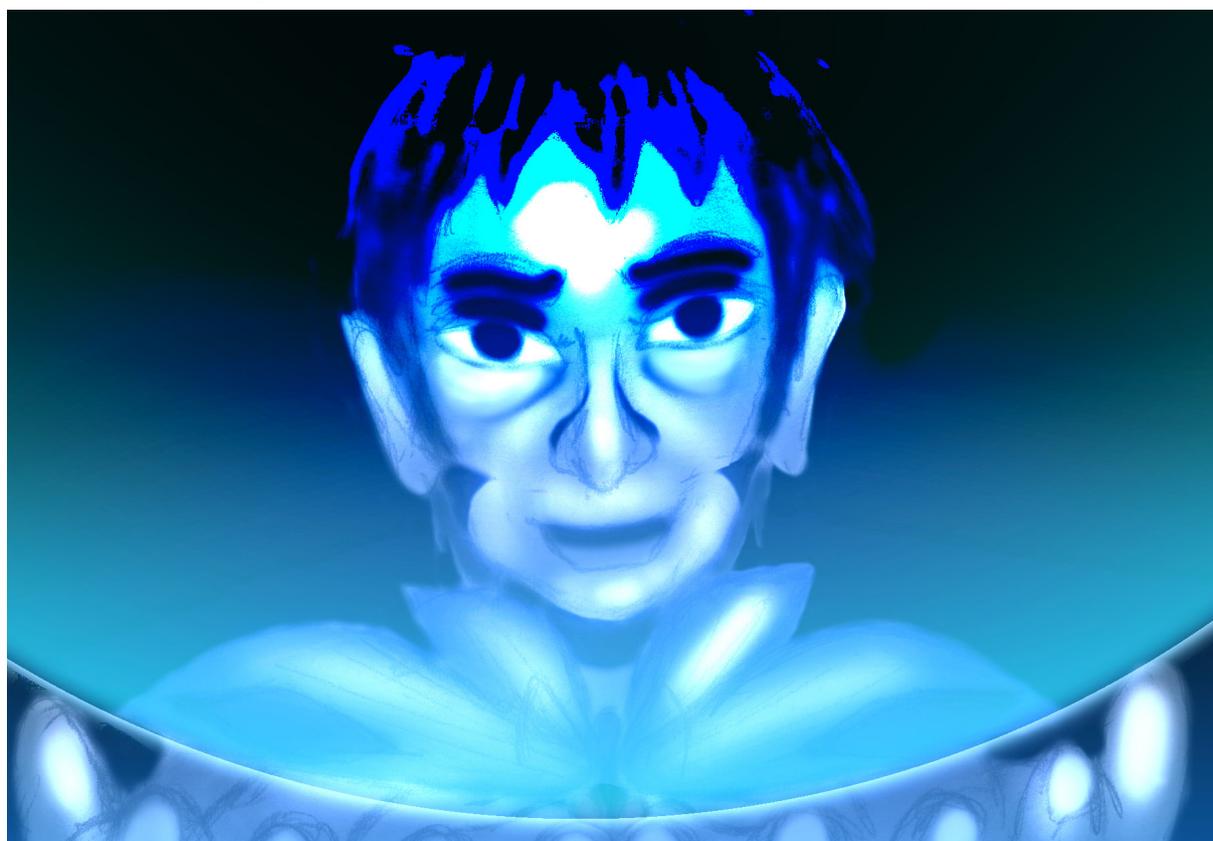
—Esto es una cacería.

—¿Ves, Jon? Por eso me agradas. Tú eres el listo.

—Por eso nos trajiste aquí, ¿verdad?

—No, Jon. Ustedes vinieron, libre albedrío. No hay diversión en traerlos aquí, tienen que querer venir; de otra manera, no querrían salir con vida tan ansiosamente. Mira, Jony... Es verdad que yo creé este planeta, pero ustedes lo llenaron con varios animales. Verás, Jon, si le das un globo a un niño pronto se aburrirá de él, pero si se lo quitas y le prohíbes la entrada, ¡bum!, de repente todos quieren llegar. —

Jon se carcajeó ante la ironía de Frank.



—Mátame de una vez —dijo Jon, tirando su arma—. Es mejor que seguir escuchándote.

—Oh, Jon, le quitas toda la diversión.

—Apuesto a que Gus pensaba diferente.

—Gus era un idiota, Jon, era un lamehuevos, por eso lo maté. Siempre riéndose de mis malos chistes... Deberías de estar agradecido: él te trajo aquí, te trajo a mí.

—De verdad, mátame ya —dijo Jon, exhausto de todo.

—Jon, Jon, Jon. Sería como matar a ese pobre alce: estás herido y quieres que te quite tu sufrimiento, pero no siempre fuiste así. Antes eras un fiero guerrero, al igual que esos Zenonitas que maté.

—Ya no más.

—Lo sé, Jon, lo sé. Es porque tu esposa e hijos murieron. —Jon lo miró con fiereza—. Oh, creo que no debería mencionarla, ¿verdad? Seguimos dolidos. Jon, ya pasaron dos años, ya debiste de haberlo superado.

—¡Cállate, hijo de puta! —grito Jon, colérico.

—Ves, ves, eso es lo que quiero, al viejo Jon. —Jon estaba rojo de furia, pero no se movió de su lugar—. Sí, eres un animal herido, Jon, alguien sin propósito. Hay que remediarlo.

Frank juntó las manos y las cerró por un momento, mientras una luz escapaba de entre sus dedos. Al abrirlas, una mariposa azul salió volando.

—Jon, no solo puedo matar, también puedo crear. —La mariposa voló hasta tocar el hombro de Jon, por cuyo rostro resbalaba una lágrima—. Sí, Jon. Pueden ser revividos.

—¿Cómo?

—Solo diviérteme, guerrero.

—¡Dime cómo! —dijo, con la mandíbula tensa.

Frank sonrió al ganar.

—Una competencia, una justa. Llega hasta el puesto de los guardabosques, donde Gus quería ir.

—Está a un día de distancia.

—Tu familia, Jon, tus hijos te extrañan. —Jon abrió su mapa, pero desapareció al hacerlo—. No, no, no, Jon, nada de tecnología. Tienes hasta el amanecer o si no... te descuartizo.

Frank desapareció al instante. Jon se quitó la maleta de su espalda rápidamente al notar que la competencia había comenzado. Solo conservó su cantimplora.

Corrió, corrió como jamás lo había hecho. Frank se le presentaba a Jon, y después desaparecía a medida que Jon lo dejaba atrás, pero nuevamente volvía a aparecer delante de él.

—Vamos, Jon —dijo Frank—. No vas lo suficientemente rápido. Rápido, Jony, rápido. Corre, Jony, ¡corre!

Pero cada vez que aparecía, el simpático Frank vestía de manera diferente, y además se le notaba más viejo, lo cual se hacía más notable a cada encuentro.

—Papi —dijeron los hijos de Jon, que aparecieron delante de él.

Pero Jon no los escuchó, solo siguió corriendo. Pero más adelante estaban ahí, de nuevo, con Frank tocándoles el hombro.

—Nos dejarás morir de nuevo, papi.

Frank sonrió, con esa pícara sonrisa que siempre tenía.

—Vamos, Jony boy —dijo Frank, quien esta vez vestía de manera muy elegante, con un esmoquin blanco y sombrero de bombín—. Vas algo lento, Jon. —Frank comenzó a bailar; simplemente se movía mientras Jon no dejaba de correr—. Ya casi, Jon.

De repente Frank bailaba con la esposa de Jon, que llevaba un hermoso vestido azul de color pastel.

—Míranos, Jony. Parece que vive de nuevo, ¿eh?

La esposa de Jon estaba muerta en los brazos de Frank. Su cuerpo se caía, pero la sostenía la fuerza del dios, quien la movía al vaivén de la música proveniente de ningún lugar. La

mujer estaba un poco pálida al principio; después, de color azul e hinchada; y al final pasó a un estado podrido. La piel se le caía dejando ver su esqueleto debajo.

—Es magnífica, Jon —dijo Frank mientras le daba un beso al cráneo desnudo de su esposa—. Con razón la quieres de vuelta.

Jon no se detuvo, jamás paró ante las incitaciones de Frank. Siguió el camino que recordó al ver el mapa; casi estaba seguro de que era el correcto. Al pasar un gran montículo, lo vio: ahí estaba el puesto de vigilancia.

Cansado al punto máximo, llegó al puesto de vigilancia, bañado en su propio sudor, aún con el sol sin salir. Subió con dificultad las escaleras y entró.

—Bravo, Jon —dijo Frank, aplaudiendo, fresco como la mañana pero en su punto más viejo—. Llegaste.

Jon no pudo más y cayó al suelo del cansancio.

—Vamos, Jon, esa no es manera de festejar.

Jon fue impulsado hacia la pared y sentado después en el piso por una fuerza invisible.

—Es lo mejor que puedo hacer. —Frank se acercó para sentarse junto a Jon.

—Gané, Frank —dijo Jon, exhausto, casi sin poder hablar—. Gané.

—¿De veras? Porque a mí me parece que ya es de mañana.

Jon giró la cabeza para ver que ya había amanecido.

—Dijiste que sería una competencia justa.

—Y lo fue Jon, no es mi culpa que el sol se moviera tan rápido. —Frank sonrió—. Es broma, Jon. Me agradas, no sé por qué. Eres un maldito amargado pero me agradas.

—Mi familia. La quiero.

—Ya está hecho, Jon. Están en la nave.

Jon se levantó con dificultad y, al mirar hacia el exterior, observó una enorme nave, lo suficiente para una familia de cuatro. Aun siendo de mañana, Jon caminó hacia la nave. De ella dos pequeños niños salieron a abrazarlo.

—Oh, dios.

Los abrazó con fuerza, su rostro recorrido por las lágrimas.

—¿Por qué estas triste, papi? —dijo su hijo.

—Por nada, por nada.

Y no los soltó, incluso los sujetó con más fuerza.

—¿Jon? —dijo su esposa, que bajaba de la nave—. ¿Está todo bien? —Jon no pudo evitar sorprenderse al verla—. Cariño, ¿qué te pasa? —dijo, asustada.

—Nada, cariño. —La besó con fuerza, con tanta pasión contenida tras los años sin tenerla.

—De verdad, Jon, ¿qué te pasa?

—De verdad que nada —dijo Jon, entre sollozos de alegría.

—Estás temblando, llorando y lleno de sudor.

—Nada, mi amor, todo estará bien ahora.

—¿Papi está bien? —dijo su pequeña hija.

—Sí, papi está muy bien —dijo Jon, sonriendo.

—Está bien, Jon, te creeré. Pero ya es hora de irnos, la nave está lista. Vamos, niños, vuelvan adentro, su padre irá a cerrar la cabaña.

Jon se giró y, en vez del puesto de vigilancia, había una cabaña rústica. Se adentró en ella y se giró al escuchar el sonido de una mecedora que rechinaba.

—Listo, Jony —dijo Frank, el anciano pero aún sonriente Frank.

—¿Qué te pasó? —dijo Jon, al ver lo decrepito que se veía.

—Mi cuerpo se desgasta rápido, Jon.

—Yo... Quiero decirte...

—No es necesario, Jon.

—Esto... ¿es permanente?

—Sí, Jon, lo es.

—¿Ellos saben lo que les pasó?

—No, jamás sucedió.

—¿Qué pasará ahora?

—¿Ahora? Pues no sé, Jon, es tu vida. Si fuera tú, me iría de vacaciones, jugaría con mis hijos hasta que entraran en la pubertad y no quisieran estar conmigo. Llevaría a mi esposa a la alcoba y haría otro hijo, a la antigüita.

—¿Y Gus?

—Gus está muerto, Jon, al igual que muchos otros antes que él.

—¿Tú podrías?

—Claro que podría, Jon, pero no quiero.

—Pero...

—¿De veras quieres pelear ahora?

—No, yo... lo siento.

—Ya, Jon, vamos. —Frank lo acompañó hasta la entrada de su nave—. Mira, Jon, he vivido mucho tiempo, y al principio concedía deseos y hacía buenos actos por aquí y por allá, pero en sí nadie los atesoraba, pues vinieron gratis. Ahora tú jamás dejarás de lado a tu familia, no darás nada por sentado y siempre pelearás, guerrero. No me malentiendas, Jony, no soy bueno ni malo: soy un dios juguetón y sí, de vez en cuando me gusta una buena cacería. Pero si se lo merecen, como tú, entonces les doy algo que deseen.

—No lo tomes a mal —dijo Jon, mientras subía a la nave—. Pero no quiero volver a verte, jamás.

—Lo sé, Jon, es lo malo de ser... bueno, yo. No te preocupes, Jon, no recordarás nada de esto, al igual que tu familia, ni siquiera que tuviste un amigo llamado Gus. Pero como dije, ahora serás diferente.

La nave se elevó hasta superar la atmósfera de aquel planeta y desaparecer en los confines del espacio, donde aterrizaría con el sonriente Jon bajando de su nave, con su amada familia.

* * *

—OK, OK, OK —dijo el sonriente Frank, el joven que caminaba con sus tres amigos por el bosque—. Les juro que este les va a encantar.

—No, otro no —dijo uno de ellos.

—Ya, dispárele alguien —dijo otro, y los demás rieron.

—Ya que lo diga, así podremos dispararle sin sentirnos mal —dijo la última de ellos.

—Bien, aquí va. Llega esta chica corriendo y dice: «Mamá, mamá, tengo una buena y una mala noticia». Y la mamá le dice: «A ver, ¿cuál es la buena?». La chica le contesta a su madre: «La buena es que pasé mi prueba». «¿Y la mala?», dice la madre. «Es que es una prueba de embarazo».

Todos rieron con el chiste. Pero sobre todo el que más rio fue el siempre sonriente Frank.



Un sueño

Por: José Gaona





Eleazar despertó en medio de un sobresalto, arrancado de su sueño por la aguda llamada del clarín. Había estado tendido sobre un áspero terreno y ahora un dolor punzante le laceraba la zona baja de la espalda. Al levantarse y mirar en derredor se sintió inmediatamente desconcertado; sus ojos se abrieron desmesurados y su corazón comenzó a latir a toda velocidad.

Lo rodeaban hombres apertrechados con corazas, yelmos, lanzas y escudos. Eran miles, o quizás cientos de miles. La multitud se alineaba en filas ordenadas hacia todas direcciones, enfrente, detrás y hacia ambos costados. Innumerables estandartes con símbolos heráldicos ondeaban por encima del bosque de lanzas. El aire era frío y arrastraba consigo un hedor a podredumbre. Más arriba, bajo un cielo encapotado, una parvada de cuervos revoloteaba sobre el contingente en círculos incesantes.

«¿Qué significa esto?», se preguntó Eleazar. «¿Dónde estoy?».

Bajo los yelmos los rostros lucían sombríos, las miradas tensas; nadie parecía reparar en aquel hombre enjuto y desorientado de extraña indumentaria: camisa de pulcro algodón blanco, pantalón de poliéster, zapatos de cuero sintético y corbata a rayas.

Eleazar respiró hondo para controlar su turbación y se animó a interpelar a uno de aquellos hombres, pero justo en el momento que abría la boca los cascos de un caballo resonaron en la distancia. Eleazar se giró en dirección a donde provenía el sonido, estirando el cuello para ver por encima de los rígidos hombros que lo rodeaban. Delante, más allá de las filas de hombres, se abría una tierra desnuda y pedregosa que se elevaba ligeramente en una pendiente prolongada. Por allí descendía un jinete a todo galope.

—¡Ya vienen! —gritaba el recién llegado, a todo pulmón—. ¡Están sobre nosotros!

El clarín volvió a sonar con un eco vibrante. Los capitanes, montados en sus altos corceles, iban de un lado a otro frente a las filas, aullando sus órdenes y exclamando a voz en grito: «¡La victoria nos aguarda al final del día!», «¡Valor hasta el final!».

Eleazar comenzó a entrar en pánico, pues el terreno bajo sus pies vibró y se dejó oír el eco atenuado de un tumulto en la distancia. Algo se acercaba, algo grande.

—¿Qué sucede? ¿Dónde me encuentro? —preguntó en voz alta aunque trémula, pero nadie pareció escucharlo.

Todos los rostros miraban hacia delante. El suelo se estremeció con mayor vigor y los guijarros danzaron y brincaron como impulsados por una vida repentina. El tumulto aumentó y colmó el aire, los caballos piafaron nerviosos, los cuervos graznaron en las alturas y los capitanes siguieron imbuyendo de valor a sus hombres con voces estentóreas.

Y entonces Eleazar los vio. Surgieron en el horizonte como una nube de tormenta y descendieron la pendiente en tropel, rugiendo, gruñendo y bramando como una marea embravecida. Era un contingente de criaturas de todas las formas imaginables: monstruos deformes de piel callosa y negra como el azabache; o seres musculosos, cubiertos de vello negro y grueso y con cabezas de lobo. Los había enormes como torres, con la espalda erizada de púas y los rostros descarnados; otros eran más bien pequeños, ligeros y veloces, de bocas anchas, ojos saltones y piel viscosa; había criaturas gruesas, anchas y pesadas como auténticas rocas vivientes; otras eran más bien oscuras y vaporosas como sombras sin dueño, o de numerosos apéndices articulados como arañas gigantes; enjutos, orondos, cadavéricos o nervudos. Demonios de alas membranosas o emplumadas, aves pavorosas, reptiles alados de lenguas ponzoñosas que se abalanzaban desde los oscuros confines del cielo en un enjambre de chillidos, silbidos y siseos.

Eleazar ahogó un grito. Aterrado, a punto del paroxismo, intentó huir, pero unas paredes de metal lo flanqueaban por todos lados. Los hombres permanecían firmes, inamovibles; no obstante se les notaba el temor y el estrés que los oprimía. Alguno que otro se doblaba para vomitar y así expulsar la bilis que les había subido hasta la garganta.

Eleazar no podía hacer otra cosa que quedarse allí, viendo cómo aquella pesadilla se le venía encima. «Esto no puede estar pasando», se dijo. «No es real. Debo estar soñando».

Y de pronto sintió que se encendía una luz de esperanza. «¡Eso mismo! ¡Estoy dormido y esto es un sueño!». Ahora recordaba lo que había pasado. Era la hora del almuerzo, todos los empleados acostumbraban a salir y dirigirse al café de la esquina, pero Eleazar había preferido quedarse en la oficina para adelantar el trabajo y salir temprano; era viernes y la perspectiva de un fin de semana de juerga le emocionaba. Cuanta más prisa se diera prisa con



el informe de contabilidad, más pronto se vería libre. Seguramente se había quedado dormido frente al monitor del ordenador, entre una pila de documentos por revisar.

Las hordas de demonios se precipitaban por la pendiente. Algunos iban armados con hachas, mazas o cimitarras; el resto —los que más—, con zarpas enormes, colmillos aviesos y cuernos ignominiosos.

«Estoy dormido, no puede ser de otra manera».

—¡Arqueros! —gritó uno de los capitanes. Inmediatamente, los aludidos se adelantaron al resto de las filas con las flechas ya preparadas en los arcos—. ¡Fuego a discreción!

Las cuerdas se tensaron y dispararon sus proyectiles.

«Es un sueño, Eleazar, nada más que un sueño».

Una ingente nube de saetas cruzó los cielos y los silbidos se entrelazaron en un solo canto de muerte.

Había algo más. Eleazar llevaba días obsesionado con aquella revista paranormal, leyendo artículos sobre extraños saltos en el tiempo y desapariciones misteriosas. Casos de personas que desaparecían de golpe para reaparecer en otro lugar y, en ocasiones, muchos años después. Como el enigmático caso del soldado del regimiento de Manila, en las Filipinas, que en 1593, en la mañana del 25 de octubre, había aparecido sobrecogido y desconcertado en la Plaza Mayor, en lo que ahora era la Ciudad de México. Una noche antes, el soldado se encontraba de servicio en la isla, y jamás se pudo resolver cómo un hombre del siglo XVI había viajado desde Manila a Nueva España en una sola noche. O el incidente de Moberly-Jourdain, la historia de Rudolph Fentz, la extraña desaparición del granjero David Lang y muchos otros casos más. Quienes intentaban explicarlos hablaban de la existencia de dimensiones paralelas, anomalías del espacio-tiempo, vórtices que fungían como puntos de vinculación entre dimensiones. El autor inglés Ivan T. Sanderson había desarrollado la teoría de repentinos agujeros negros en la realidad, responsables de que algunas personas, en determinadas regiones del mundo, desaparecieran para reaparecer en otra dimensión o, en ocasiones, para no ser vistas jamás.

Anomalías espacio-temporales, rupturas en el tejido de la realidad por donde algún infortunado podría precipitarse, así sin más, sin percatarse del momento exacto, del punto de inflexión...

«¡Qué tontería! Esto es un sueño, un sueño».

Los primeros en recibir los proyectiles fueron los monstruos del aire, que se precipitaron hacia la tierra entre alaridos de dolor. Otros más cayeron mientras corrían, pero ya nada podía detener aquella marea sedienta de sangre, aquella tormenta de furia y terror. A una orden de los capitanes, los hombres esgrimieron las armas y se precipitaron a la batalla en medio de gritos aguerridos. Eleazar se vio arrastrado al combate también, prisionero en la corriente de aquel caudaloso río de escudos, lanzas y espadas.

«Despierta, Eleazar, despierta. Es un sueño, un maldito sueño».

Ambas fuerzas se precipitaban una contra la otra con un odio ciego, estaban a punto de encontrarse. Eleazar avanzaba a trompicones, no podía hacer otra cosa; si hubiese intentado detenerse habría caído, habría terminado aplastado bajo el peso de una avalancha de pies enfundados en metal.

Desapariciones misteriosas, sin explicación. Personas perdidas que jamás volvían a ser vistas, como si hubiesen sido borradas del mundo. Viajes a través de los velos dimensionales...

«Vamos, despierta, despierta, ¡despierta!».

Los contingentes chocaron causando un estruendo ensordecedor. Garras, colmillos y aceros no tardaron en encontrar sus presas y danzaron ufanos en medio de la violencia y el baño de sangre. Cayeron miembros cercenados, bestias decapitadas y hombres con los torsos abiertos en canal que intentaban desesperadamente contener sus entrañas expuestas. Los gritos de guerra se entremezclaron con otros nuevos, pero ahora de angustia y terror. En cuestión de segundos, el terreno se transformó en un lodazal mezcla de sangre, pus, orina y todo tipo de excrecencias.

Eleazar seguía avanzando y resbalando en un fango sanguinolento y pestilente. Nada lo empujaba ya, pero ahora su avance obedecía solo a la inercia, a ese pánico que embota los sentidos. A su alrededor la muerte se daba un festín imparable. Pasó sobre un hombre al que le habían desgarrado el rostro, y luego sobre un ser larguirucho y de cabeza bulbosa que reposaba sobre un charco formado por un líquido oscuro, denso y corrupto.

«Tengo que despertar. Por favor, no quiero seguir viendo esto. No quiero seguir aquí. Debo salir de este sueño... de esta pesadilla».

Entonces llegó el golpe, rápido y certero. En principio Eleazar sintió un calorillo en el vientre, pero luego la sensación se abrió paso en su interior hasta convertirse en una mordida ardiente en las entrañas. Se llevó las manos al estómago y las sintió empaparse de algo espeso y tibio; vio la mancha carmesí que iba extendiéndose poco a poco en el blanco inmaculado de su camisa. En un abrir y cerrar de ojos sus piernas perdieron toda la fuerza que les quedaba y se derrumbó sobre el fango. Eleazar cerró los ojos, abrazándose el vientre.

La batalla continuaba, pero Eleazar había dejado de escucharla, había dejado de percibir todo cuanto sucedía en torno a él. Durante un momento más, sus labios se movieron repitiendo la misma palabra: «Despierta... despierta... despierta...». Hasta que, finalmente, su conciencia se apagó y Eleazar se sumió en un sueño imperecedero.

* * *

Diario La República.
HALLAN EL CUERPO DE UN HOMBRE EN LAS PROXIMIDADES DEL HUASCARÁN,
EN LA CORDILLERA BLANCA

PERÚ, 9 de Enero de 2016. Las autoridades peruanas han confirmado el hallazgo del cadáver de un hombre en la Cordillera Blanca, en el departamento de Áncash, a más de 5000 m. s. n. m., sin precisar el lugar exacto del descubrimiento.

El pasado día 7 se reportó en medios locales el macabro hallazgo por parte de un grupo de excursionistas que recorrían el sector Punta Olímpica, en las proximidades del nevado Huascarán. Según la información recopilada de los testigos, el hombre yacía sobre las rocas, en posición fetal, y solo vestía camisa y pantalón, por lo que una de las líneas de investigación que se siguen es descubrir si el hombre era un excursionista que fue asaltado y despojado de su ropa de abrigo y demás pertenencias. Sin embargo, el inusual lugar donde fue descubierto pone en tela de juicio esta teoría.

La información es escasa debido a que la investigación está abierta, pero se trata, indudablemente, de un caso de homicidio: «El hombre, de origen caucásico, murió a causa de un corte profundo en la zona abdominal, producido por un arma punzo-cortante de grandes dimensiones», se asienta en el expediente al cual La República tuvo acceso. No obstante, no se encontraron restos hemáticos cerca del cuerpo, por lo que presumiblemente no murió en el lugar, sino que fue abandonado allí por el o los homicidas, de manera posterior al crimen. La identidad del hombre no ha podido determinarse, puesto que el rostro estaba parcialmente devorado por la fauna. Así, se mantiene en calidad de «desconocido».



Juegas a las escondidas

Por: Agustín Espinosa





Hay cientos de leyendas urbanas y relatos escabrosos rondando por el internet. Episodios perdidos, sitios misteriosos, historias de fantasmas y seres monstruosos... Hay cuentos para todos los gustos y tipos de personas. Siendo así, es muy difícil saber cuándo algún relato es cierto o cuándo un simple producto de la imaginación (y tal vez originado mediante el *Photoshop* de algún usuario con pensamientos siniestros). El problema, es que de entre todas esas historias, hay alguna que es real y que pone a prueba a los curiosos que quieran entrometerse en lo desconocido sin ninguna clase de precaución.

El mejor ejemplo que se me ocurre es mi mejor amigo, Alfonso. Solitario por naturaleza y curioso empedernido, siempre pasaba mucho tiempo al día en busca de rituales, historias, anécdotas y «sucesos reales» sobre lo desconocido. A mí también me interesaba todo eso, pero nunca llegué al nivel casi obsesivo de Alfonso. Ayer llegué a mi escuela y, al encontrarlo, lo noté muy ojeroso; seguramente se había desvelado otra vez. Al verme, sonrió y dijo:

—¡Hola, Ramón! ¿Juegas a las escondidas?

—Ehm... No lo sé, el patio de la escuela no es tan grande. No sería muy divertido, ¿o sí? —respondí.

—No, no aquí, sino en mi casa. Anoche me desvelé buscando cosas y encontré algo que puede interesarte, algo muy fuerte pero que tal vez sí sea real —explicó Alfonso.

Él nunca había tenido éxito buscando historias de terror, pues por más prometedores que fueran los relatos, no pasaban de ser leyendas urbanas. De hecho, un día me contó que encontró un relato de un demonio que vivía en el bosque y salía por las madrugadas. Otro día leímos sobre cierto sitio web que te paralizaba y te mataba de miedo al instante... Incluso encontró un método para invocar al mismísimo señor de las tinieblas. Puras patrañas. Él había intentado muchas cosas, algunas de ellas conmigo, y nunca había visto nada más allá de la aburrida vida mundana, sin nada sobrenatural.

—Y bien, ¿qué es? —pregunté lleno de curiosidad.

—Ya te dije, jugar a las escondidas —Alfonso rio—. No me mires así, es algo especial. Se trata de... ¡jugar a las escondidas con un espíritu!

Alfonso me contó que esa noche, en un foro de misterio y supersticiones japonés (y bien sabemos que los japoneses pueden tener imaginaciones muy retorcidas), vio una publicación que le llamó la atención: «Jugar solo a las escondidas». Aparentemente, la página de internet explicaba paso a paso, a pies juntillas del título de la publicación, cómo jugar a las escondidas en soledad.

Con materiales tan básicos como un hilo rojo, arroz, algún muñeco, un cuchillo, agua, sal o la televisión, el autor del texto narraba cómo pasar «una experiencia divertida y terrorífica» con un espíritu del más allá. Me dijo que estaba muy seguro de querer intentarlo pero, a decir verdad, tenía un poco de miedo, ya que la oscuridad de por sí lo ponía nervioso, y ese juego-ritual requería plena oscuridad. Por ello acudió a mí.

—Si hay alguien tan loco como para querer provocar a un espectro o algo así, debes ser tú —dijo para convencerme.

—Te noto muy emocionado, ¿será que te asustó lo que leíste? —pregunté, riendo.

—Hoy es viernes y no tengo planes, ¿te parece bien si lo hacemos hoy mismo?

Le dije que sí, y creo que mi respuesta lo tomó por sorpresa, pues titubeó:

—¿En serio sí quieres? Pues... va... está bien. Hoy mi hermana sale a una fiesta y mis papás vuelven mañana de su viaje, es perfecto.

El resto del día lo pasamos hablando de otros temas porque, para mantener el misterio, Alfonso solo me contó los materiales que necesitábamos, pero quiso mantener todo lo demás en secreto.

Terminó el día y fuimos a comer, como todos los viernes, a un puesto de hamburguesas a tres cuadras de la escuela. Ahí estuvimos charlando con otros amigos del grupo y, alrededor

de las cuatro de la tarde, fuimos a mi casa, donde pedimos permiso a mis padres para dejarme pasar la noche con él y además conseguí ropa más cómoda para la noche. Con rumbo a casa de Alfonso, pasamos por la papelería para comprar hilo rojo y a la tienda para el arroz; el resto de materiales estaban en la casa.

Llegamos alrededor de las seis de la tarde. Al entrar, él fue al cuarto de los trastos viejos para buscar entre sus juguetes de la infancia. Ahí encontró un muñeco que le pertenecía desde hace años. Tenía aspecto de duende irlandés de trapo, con un chaleco negro y la típica ropa verde; honestamente, siempre me había parecido que su semblante era un tanto siniestro.

Ya con todos los materiales, yo estaba preparado para comenzar, pero me dijo que no, que el juego debía ser después de medianoche, si era posible a las 3 de la mañana, pues a esa hora los espíritus tienen más facilidad de manifestarse en el mundo terrenal. Como teníamos que esperar tanto tiempo, nos pusimos a ver películas de miedo para poder «entonarnos» con lo que íbamos a hacer en la madrugada siguiente.

—Es un cliché, ¿no? Hacer un juego terrorífico en la madrugada del Día de los Muertos —dijo Alfonso al darse cuenta de que esa noche no era una noche cualquiera, sino que se trataba del momento en que, según dicen las leyendas, los fantasmas de los difuntos regresaban a la Tierra.

—Pues sí, pero ya estamos aquí. Y la verdad, tantas películas de miedo me dejaron sin ganas de dormir —respondí.

—Ya tengo lo necesario. Ahora ¿qué hacemos? —Alfonso se cercioró de que ya fueran las 2:50 de la madrugada antes de explicarme el plan, con esa pasión que le provocaba contarme cualquier descubrimiento extraño que hiciera—: Mira, vamos a sacarle el relleno al muñeco y le metemos el arroz, todo el arroz. Luego, alguno de los dos le debe poner un cabello, una uña o una gota de sangre dentro. Después cosemos con el hilo rojo la abertura del muñeco. También hay que dejar cerca de él un montón de papelitos y una pluma, por si quiere decirnos algo... Bueno, hacemos eso y luego te sigo contando.

Hicimos lo que decía la página de internet. Yo fui el que puso un cabello en el muñeco. A decir verdad ya me estaba asustando, pero no quería quedar como un cobarde. El problema es que Alfonso no iba a desistir; su curiosidad siempre ha podido más que su razón. A pesar de las dudas, me decidí a tragarme el miedo y a seguir adelante.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Como tú le pusiste el cabello, tú le debes poner nombre. Le tienes que decir tres veces esto: Tú eres... y dices el nombre.

—OK, está bien... Veamos, muñeco. Tú eres Martín. Tú eres Martín. Tú eres Martín...

—Ahora sí vamos a lo importante. Vamos a la cocina.

Cuando entramos comenzó a llenar cuatro tazas de agua con sal. No me dijo para qué, pero sí que teníamos que poner una en cada cuarto con televisión de la casa. En su casa había cuatro televisores: uno en la sala, uno en el cuarto de sus padres, uno en el cuarto de su hermana y uno en el suyo. También llenó dos bolsitas de sal; se quedó una y me dio la otra. Me explicó que hacer un círculo de sal a tu alrededor sirve para protegerte de espíritus, para volverte como invisible ante ellos.

Fuimos a cada cuarto a poner una taza, encender la televisión y ponerla en silencio y en el mismo canal. Elegimos uno deportes, pues esos canales tienen programación todo el día; de hecho emitían un partido de fútbol de alguna liga europea. Después fuimos al baño.

—Bueno, Ramón, ahora vamos a llenar la tina de agua y pongamos al muñeco dentro. La tina se llenó y el muñeco flotaba en ella.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Corre, vamos a la sala.

Allí me dijo que contáramos hasta 10 y que luego, al volver al baño, le dijera al muñeco tres veces: «Te encontré, Martín». Así lo hicimos.

Antes de regresar al baño, dije:

—Te encontré, Martín.

Quise decirlo de nuevo, pero cuando pude mirar dentro, noté que el muñeco ya no estaba en la tina. En su lugar había un papelito flotando en el agua. En el papelito se leía: «No es cierto, pero tienes otra oportunidad». Alfonso y yo nos aterramos, y nuestro miedo fue a más al escuchar cómo subía el volumen de la televisión de la sala. Corrimos hacia allá, y pudimos ver a Martín, el muñeco, tirado junto a la puerta... La puerta estaba abierta. Yo estaba aterrado, pero recordé la regla del juego.

—¡Te encontré, Martín! —grité tres veces—. ¿Y ahora qué hago?

—Ve, toma el cuchillo de la mesa y pícalo con él —respondió Alfonso, pálido aunque la satisfacción se apreciaba en su rostro.

—Bueno, dice la página que por ahora no va a pasar nada, al menos mientras estemos vigilando a Martín. ¡Qué emocionante, por fin algo real! —dijo.

—¡Estás loco! ¡Qué tal si esto es peligroso, y tú celebrando por haber invocado un... un... un quién sabe qué en tu propia casa! —respondí, alarmado.

—Venga, cálmate, todo está cubierto. Ahora viene la parte interesante —siguió explicando—. A continuación dile al muñeco, tres veces también: «Ahora es tu turno de buscarlos». Y vamos a escondernos en algún lugar donde podamos ver la televisión. Dice la página que el muñeco registrará cada cuarto, dejando para el final los que tengan televisiones. Si te encuentra, haz el círculo de sal como te dije y no habrá problema: será como si no te viese. La cosa es permanecer escondidos media hora.



—¿No... no nos vamos a esconder juntos? —pregunté, ahora sí alarmado de verdad.

—¿Qué chiste tiene eso? ¡Ni hablar! —respondió él, muy acelerado—. Ahora checa tu celular, te voy a mandar por mensaje otras indicaciones sobre cómo ganar el juego. ¡Pero ponlo en silencio, para que no te encuentre! Ah, y se me olvidaba, debemos apagar todas las luces.

Para no correr riesgos, cargamos al muñeco y pasamos por cada cuarto para apagar cada luz, dejando las televisiones encendidas. Me ponía de los nervios estar cargando a Martín. Siempre me había parecido terrorífico, y ahora más que nunca.

Ya íbamos de regreso a la sala cuando de nuevo la televisión aumentó el volumen. Corrí a silenciarla, casi muerto del miedo, y le dije a Alfonso que bajara al muñeco para terminar con esto de una vez. En el chaleco de Martín había otro papelito enrollado. Decía: «Pierdo la paciencia, ¿ya?» Alfonso y yo nos miramos asustados, antes de poner al duendecillo en la puerta donde lo habíamos encontrado. Entonces le dije tres veces:

—Ahora es tu turno de buscarnos.

Y tanto Alfonso como yo corrimos hacia los cuartos. Él se metió en su propia habitación y yo entré en la de sus padres. Allí tomé en mi mano la taza con agua salada y me escondí en su gran armario, entre los trajes de su papá.

La puerta del armario tenía algunos agujeros; eran muy pequeños, pero me permitían ver la televisión, en la que en ese momento emitían una pelea de artes marciales mixtas. Ese deporte me gustaba, así que pensé que tal vez mirando la televisión se me pasaría el tiempo más rápido. Miré el reloj de mi teléfono, que marcaba las 3:41; a las 4:11 llegaría el fin del juego.

Pasaron cinco minutos cuando recibí un mensaje. Tuve la precaución de cubrir la luz con mi chamarra cuando leí el texto, que decía: «Tip #1: Cuando pase la media hora, ambos salimos de donde estemos, llenamos nuestra boca con el agua salada y vamos en busca de Martín».

Ese mensaje me dejó confundido, así que seguí mirando la televisión para pensar en otra cosa. Justo cinco minutos después me llegó otro mensaje: «Tip #2: El que encuentre a Martín escupe toda el agua sobre él, y luego le grita tres veces “¡Te ganó Martín!”. El que lo haga gana el juego».

Daba la impresión de que Alfonso se estaba divirtiendo. Yo estaba muy asustado, nunca me había gustado lo de estar solo a oscuras, y mucho menos sabiendo que hay un espíritu en un muñeco con ganas de encontrarme... Le mandé un mensaje a Martín pidiéndole que me enviara el enlace a la página web, pues quería saber más del tema.

A los cinco minutos me envió otro mensaje: «Tip #3: El espíritu en el interior de Martín es pésimo jugando al escondite. Por ello intentará asustarnos. Prepárate para ver o escuchar cualquier cosa. Ah, y recuérdame enterrar en el patio a Martín, el cuchillo que usamos y todo lo demás, ¿OK? La página dice que es importante. Y no, no te la voy a pasar, miedoso».

Habían pasado casi veinte minutos desde que empezamos cuando vi la alerta de otro mensaje. Estaba molesto con Martín, pero me daba curiosidad saber qué más información tenía, así que lo leí: «Tip #4: ¡Creo que vamos a ganar! Sin embargo, si algo sale mal, dice internet que otra forma de evitar a un fantasma enojado es fingir que estás dormido. Ya sabes: hazte bolita en una cama, tápate y no te muevas».

Justo cuando iba a guardar el teléfono, recibí otro mensaje: «Juego terminado. La luz de su teléfono brillaba mucho». Cuando terminé de leerlo, la televisión de Alfonso subió de volumen y escuché un grito proveniente de su cuarto. Me atemoriqué y me agaché dentro del armario.

Alfonso gritaba («¡Ayúdame! ¡No!»), mientras yo seguía acobardado en el armario de sus padres. Entonces noté que la televisión volvió a silenciarse, al tiempo que se volvía a encender la de la sala. Tal vez Martín ya no estaba en el cuarto. Salí corriendo lo más sigilosamente que pude con la taza de agua salada, crucé el pasillo, entré al cuarto de Alfonso y eché el seguro de la puerta detrás de mí. En el suelo estaba él, tirado boca arriba y con los ojos abiertos. Lo rodeaba un círculo de sal y tenía varias puñaladas en el cuerpo. Sobre él había

tres papelillos. El primero decía: «Ustedes eran dos y yo solo uno. Eso era injusto». En el segundo papel pude leer: «Tip #5: Los círculos de sal no sirven, niños. Tampoco los seguros en la puerta». Y en el último papel dos palabras: «Ya voy». Pude escuchar entonces pasos en la sala, como si alguien muy pesado estuviera afuera. Todas las televisiones se pusieron a todo volumen y cambiaban rápidamente de canal. Las luces se encendieron con un fulgor tan brillante que me quedé ciego durante varios segundos. Conforme los pasos se acercaban recordé el mensaje de Alfonso, así que me metí en la cama, cerré los ojos y me quedé inmóvil.

La puerta se abrió violentamente y las luces se volvieron a apagar. Escuché el crujido de una silla de madera; algo se había sentado en ella. Sin embargo no me atacaba, no pasaba nada. Tal vez lo que Alfonso me dijo era verdad y Martín no podría hacerme daño; tal vez, si esperaba al amanecer, podría escapar de esto.

Cerré los ojos y esperé durante horas. Ya no tenía la taza de agua salada en la mano, así que esa era mi mejor y única esperanza. Quizá el tiempo se me pasó muy rápido, o quizá por tanta impresión me quedé dormido, pero cuando abrí los ojos ya había luz solar entrando por la ventana, o eso podía notar desde debajo de las cobijas.

Me desperté solo lo suficiente para que mis ojos asomaran, y pude ver que sí, que ya era de mañana. También noté que no había ruido proveniente de ninguna televisión. Seguía aterrado con la idea de salir, así que decidí quedarme un rato más mientras tomaba valor para despertarme y salir corriendo lo más rápido que pudiera.

Aún estaba dentro de las cobijas, acurrucado hacia un lado, cuando llegó un mensaje a mi celular. Sin moverme mucho tomé el teléfono, el cual estaba junto a mi cara, y abrí el mensaje. Decía: «Sé que estás despierto. Mira detrás de ti». Estaba lleno de terror, pero de todas maneras volteé mi cuerpo hacia el otro lado. También dentro de las cobijas estaba Alfonso. No tenía ojos y sonreía. Con una voz muy grave y profunda, gritó:

—¡Te gané, Ramón!

